

# TEXTOS Y GLOSAS

---

## William Golding

### El novelista del diálogo interior

#### I. EL HOMBRE

La Academia sueca concedió el premio Nobel de literatura 1983 al escritor británico William Golding, sobre todo por sus novelas, en las que «con la perspicacia de la narrativa realista y la universalidad del mito, ilumina la condición humana en el mundo de hoy».

Así rezaba el texto oficial de la citada y prestigiosa Academia. Por su parte, el presidente del Comité de Selección de la misma, Lars Gyllensten, al tiempo de anunciar el tan codiciado galardón, señaló que el impacto del trabajo de Golding se ha ido incrementando constantemente novela tras novela. «Golding posee —dijo entonces— una visión clara y una pluma aguda cuando se trata de las fuerzas del mal y de las bajezas humanas, igual que Jonathan Swift».

Sin embargo —añadía— las obras del escritor británico que aquí nos proponemos estudiar «no son sólo moralejas sombrías y oscuros mitos sobre las fuerzas traidoras y destructivas», sino que son también «cuentos de aventuras llenos de colorido».

La misma y citada Academia sueca destaca, en su comunicado, que, para disfrutar de las obras de Golding, no es preciso ser un erudito, aunque también éstos han acogido bien sus escritos.

William Gerald Golding nació el 19 de septiembre del año 1911, en St. Columb Minor, pueblo cercano a Newquay, en Cornualles.

Cornualles es una región de la Gran Bretaña que se encuentra situada en el extremo SO de Inglaterra, entre el Atlántico y el Canal de la Mancha. La península, de unos 120 kilómetros de larga por setenta de ancha, presenta un paisaje en el que colinas y valles se alternan con relieves llanos. Región esencialmente ganadera, de clima suave; rica también en hortalizas y flores.

La infancia de Golding transcurrió —nos dice Martín Ruiz-Werner—<sup>1</sup> en el ambiente cultivado y burgués que enmarcaba por un lado la figura de su padre, Alex Golding, maestro de escuela activo e inteligente, del que siempre conservó un fascinado recuerdo; y por otro lado, la de su madre, Mildred Golding, inmersa fervientemente en el movimiento sufragista de la época. En este mundo de austera laboriosidad, de acuciante interés humano y cordial, surgió su temprana vocación de escritor, iniciada precozmente a los siete años, pero que sólo cristalizaría treinta y seis más tarde, con la aparición de su primera novela, profundamente pesimista.

Goldin, siendo todavía universitario, publicó en 1934 un libro de versos, titulado *Poems*, y en el cual ya dejaba entrever algunos de los temas que más tarde iban a ser tratados en sus novelas. Mas por entonces el futuro autor de *El Señor de las moscas* era un joven optimista al que le sonreía la vida. «Creía sinceramente en la bondad de la naturaleza humana, en la posibilidad de un continuo mejoramiento por el esfuerzo de la razón, en la opción de una existencia más noble, siempre accesible a los impulsos generosos del pensamiento».

Seis años más tarde, apenas iniciada la segunda Guerra mundial, se alistó en la «Royal Navy», participando en numerosos combates, entre ellos en el memorable que hundió al temido «Bismarck», y también en el desembarco aliado en Francia.

Terminada la guerra, abandonó la armada inglesa y volvió a sus actividades como profesor en la escuela de Salisbury. Una honda transformación se había operado en el mundo de sus ideas. La guerra le había marcado para siempre. La experiencia brutal de la misma le había despojado de su cándido y, a las veces, tambaleante optimismo «para zambullirlo en una vida desgarrada y trágica de la realidad».

La absurda crueldad con que habían procedido ambos contendientes, su estúpido encarnizamiento, su bestialidad despiadada, le revelarían en una intuición incoercible la maldad radical del hombre, el abismo de perversidad de su naturaleza; lo que le llevará a escribir *El Señor de las moscas* y otras novelas, que hemos de ir analizando, en las que refleja admirable y despiadadamente esta problemática.

Toda esperanza de pureza o de progreso —nos dice el autor antes citado— se desvanecían, así como una vana ilusión ante el choque brutal con unos hechos que ponían al descubierto la intrínseca deficiencia del alma humana.

Lo que se ocultaba tras las apariencias del orden social, la civilización, las

---

1. MARTÍN-WENER, J., Prólogo al *Señor de las moscas*. Ed. Aguilar, Madrid 1983, p. 9.

pretensiones del idealismo..., era la sima insondable del mal, el fondo último de la depravación, que se mostraba en toda su crudeza al saltar en trizas la más cara de las convenciones.

Fruto y como consecuencia lógica de este momento de su vida son sus cuatro primeras novelas: *El señor de las moscas*, *Los herederos*, *Martín el atormentado*, y *Caída libre*.

Es un momento en la vida Golding de madurez desgarrada y desgarradora. Pero, en medio de esta lucha interior con su pasado y con el presente que le ha deparado la guerra, advierte que sus libros han despertado un enorme interés entre los lectores de lengua inglesa y toma la decisión de abandonar la docencia para dedicarse plenamente a la literatura, al mismo tiempo que puede permitirse el lujo de realizar diversos viajes, dar conferencias y entregarse a sus dos aficiones favoritas: la navegación y la arqueología. Esto ocurría el año 1962. Cuando haya satisfecho estos «hobbys», se retirará con su familia —Golding tiene mujer y dos hijos— a su casa, cercana a la ciudad amada de Salisbury, donde llevará, en adelante, una vida un tanto al margen de las modas y nuevas corrientes literarias, pero atento siempre a los problemas de la época, avizor y vibrante a las sacudidas de la hora actual.

Otros libros ha ido sacando a luz y de ellos daremos cuenta en este ensayo. De modo especial, el titulado *La pirámide*, aparecido en 1967; novela en la que, según afirmación del propio autor, quiere marcar algo así como el comienzo de una segunda etapa en su labor creadora. «Sin abandonar su línea de pensamiento —leemos— y dentro del mismo temple afectivo y mental, que en cierto modo culmina y se clausura en la última de sus novelas, se perfila ya un nuevo enfoque, un afrontamiento de la realidad desde otro ángulo menos metafísico, más abierto al componente político y social de la situación presente».

## II. EL PREMIO NOBEL 1983

Ese buen crítico literario, que es Florentino Martínez Ruiz, ha escrito no hace mucho tiempo un breve artículo en las páginas culturales del ABC, «criticando» la concesión del tan discutido premio Nobel, por la Academia sueca. No todo en él —venía a decir— es la cara circunspecta del señor Gyllensten anunciando con cortesía el nombre de los galardonados, ni tampoco son todos sones de marchas triunfales en el palacio de Conciertos.

Y es que, a veces, la procesión va por dentro, y la música que se oye en los teletipos es mucho más nerviosa que la de los compases de la orquesta. Después de citar a varios autores de fama universal que habían quedado en la cuneta ante el ganador de aquel año, arremete contra la citada academia, acu-

sándola de que rara vez —alguna sí— premia la verdadera creación —«la más fértil que se hace en el mundo se le escapa viva»—, y que se parece «a los lamas tibetanos», que buscan en los más remotos lugares del país del Potala las reencarnaciones de Buda», es decir, de «Cervantes o de Shakespeare, de Dante o de Goethe»—, por algún signo raro o fatalista.

Entretanto, el navío sueco, como una carabela desnortada, va tocando en obsoletos puertos literarios, con la simpatía de descubrir escritores notables, pero irrelevantes en la organización de la literatura mundial.

Todo esto lo decía nuestro crítico literario a propósito de Elías Canetti —premio Nobel 1981—, oscuro escritor, puesto de moda por el reclamo de las culturas marginadas, y al que, sin embargo, habrá que concederle su mérito como novelista importante, pensador concienzudo y dramaturgo digno.

La concesión del premio al escritor británico que nos ocupa en 1983 volvió a romper la mayoría de los pronósticos que se daban en los círculos literarios de todo el mundo. El propio galardonado fue el primero en manifestar su sorpresa, ya que no esperaba «esta noticia», al no figurar en las listas más barajadas en aquellos días

Atrás quedaban —esperando mejor oportunidad— el eterno candidato Jorge Luis Borges; y los renombrados escritores de lengua inglesa Graham Greene, Doris Lessing y Nadine Gordimer; junto con el poeta senegalés Leopold Sedar Senghor y el escritor chino Ba Jim.

¿En qué pudo basarse la academia sueca para conceder su premio al autor de *El señor de las moscas*...? «La verdad es que aún no he tenido tiempo de reaccionar porque acabo de enterarme», declaró el propio Golding, al ser preguntado por los periodistas. Se había enterado a través de la radio y mientras escuchaba el noticiario de mediodía de la BBC, en su residencia de Ebble Thatch, en Bowechalke, condado de Wiltshire, al suroeste de Inglaterra. Su esposa Ann se mostraba todavía más nerviosa que el propio Golding, ante el alud de llamadas telefónicas que hubo de atender con felicitaciones de amigos y preguntas de la prensa. En aquella ocasión, nuestro afortunado premio Nobel dijo que en ningún modo lo esperaba y que sólo creyó tener alguna posibilidad cuando recibió, un día antes, la llamada telefónica de un periodista sueco comunicándole que era uno de los favoritos y firme candidato al Nobel de literatura 1983.

Como dejamos apuntado arriba, la citada academia sueca se basó esta vez en que «con la perspicacia de la narrativa realista y la universalidad del mito», el escritor inglés ilumina la condición humana en el mundo de hoy.

Golding se reveló como escritor el año 1964, cuando contaba ya los cuarenta de su edad. En su juventud, había publicado un libro de poemas, que todavía no ha sido traducido al español.

*El señor de las moscas* es su primera novela y por la que es mundialmente conocido. Fue publicada el año 1954. A esta novela que hoy se lee como libro obligatorio en muchos colegios ingleses, ya que es considerada como «un clásico moderno», le siguió *Los herederos*, *Martín el atormentado* (algunas ediciones prefieren titularlo *Martín el naufrago*) y *Caída libre*. Más adelante, publica *La pirámide*, *Oscuridad visible* y *Ritos de paso* que es, junto con unos relatos breves que llevan por título *El dios Escorpión*, lo último que hemos leído de este autor inglés, famoso ya entre los más famosos de su patria.

Con una docena de libros en la lista de principales obras de la literatura británica contemporánea, Golding está preparando uno más, después de haber publicado el último que lleva por título *A moving target* y cuya traducción esperamos para enterarnos de su contenido; lo mismo que del que se está gestando en su imaginación, ya que prefiere no hablar de él todavía.

Novelista de impresionante diálogo interior, su primitiva creencia en la bondad humana y su posterior desilusión se encuentra reflejada en toda su obra como una eterna lucha entre el bien y el mal, en la que —para desgracia nuestra— triunfa siempre este último.

Atormentado en sus reflexiones, lúcido en sus planteamientos y perfecto en su modo de construir, Golding nos ofrece una novela inquietante y preocupada. Tan inquietante, como profunda y reflexiva. Por lo que nunca será lector de masas y sí de personas cultas, inquietas y preocupadas por un problema religioso, social o político.

Y dentro de esta problemática, algo que palpita en cada uno de sus libros y en cada una de sus páginas: el miedo. El miedo, que es para Golding la enfermedad esencial del hombre, la fuente de todas sus miserias y calamidades y, a la vez, como notable paradoja, el aglutinante más poderoso de las agrupaciones humanas, el factor decisivo de su cohesión más primordial y afectiva.

### III. EL SEÑOR DE LAS MOSAS

Esta novela, que en su lengua original se titula *Lor of the Flies*, es acaso la única que se conocía en España antes de que a su autor se le concediera el premio Nobel. Pero sólo por ella valía la pena conocer a Golding y seguir leyéndole en otras nuevas.

*El señor de las moscas* es, sin duda, la novela más clara, más directa y expresiva de la compleja y difícil producción del escritor inglés. En ella se percibe con más nitidez que en otras suyas «el núcleo central de todas sus obras: el problema del mal. Este motivo constante, esta preocupación ética del autor —dice literalmente Juan Martín Ruiz-Werner— va envuelta generalmente en la trama de un relato tenso y riguroso, de una fábula construida con cuidado-

sa precisión, en la que confluyen a la vez lo temporal y lo eterno; en la que se funde de modo perfecto el realismo más exacerbado con la alegoría. Pero aquí el simbolismo es quizá demasiado explícito, a diferencia de otras novelas, en donde se halla más intencionadamente disfrazado».

Se trata, en palabras del propio autor, de rastrear los defectos de la sociedad, remontándonos a los defectos de la naturaleza humana, representados en este caso con la máxima pureza en las reacciones infantiles. Un grupo de colegiales ingleses, evacuados durante la segunda guerra mundial, caen con el avión que los transporta en una isla del Pacífico. El avión se precipita en el mar con todas las personas mayores que llevaba a bordo, de modo que los niños son los únicos supervivientes. Eligen una especie de gobierno democrático, y al principio parece que la felicidad va a ser completa en aquel atolón de de belleza paradisíaca, exuberante de caza y árboles frutales, lleno de todas las delicias que pudieran desear en unas vacaciones ininterrumpidas.

Pero pronto surgen las dificultades. Hay que hacer una hoguera y mantenerla siempre encendida para que el humo sea visible a cualquier barco que pase a lo lejos y puedan ser rescatados. Esta idea, sugerida por Piggy, el más sensato e inteligente de la partida, es aceptada por todos alegremente, como un juego, como una broma ruidosa y alocada, sin pensar en su verdadera trascendencia. Suben a la cima de la montaña y el fuego está a punto de arrasarse la isla, con la desgracia de la desaparición de uno de los niños.

Sin que los niños se lo expliquen, las cosas se complican en el grupo. Jack Merridew, el antiguo cantor de coro, se enemista con Ralph, el jefe elegido por aclamación. La enemistad se convierte en odio a muerte cuando Jack, encargado de mantener el fuego encendido, lo ha dejado apagar mientras iba a cazar cerdos salvajes, y entretanto ha aparecido en el horizonte la señal inequívoca de un barco.

Un nuevo factor aparece en medio de aquella ya salvaje tribu infantil: el miedo. Gritos en la noche de los más pequeños, pesadillas en otros, sueños entrecortados en los mayores. Miedo de todos a las fuerzas ocultas y ciegas de la naturaleza. Miedo a la soledad cósmica que los envuelve. Miedo y temor a que no sean vistos por barco alguno. Una bestia imaginaria se esconde entre los árboles de la selva. Una bestia que sale del mar. La han visto Sam y Eric, los mellizos, al tiempo de subir a la cumbre a reavivar la hoguera.

En realidad, se trataba del cuerpo exánime de un aviador muerto en un combate aéreo la noche anterior y que había caído con su paracaídas en la isla. Precisamente este paracaídas, enredado entre las peñas e hinchado por el viento, ayudaba a contorsionar la muerta figura, que adquiriría, así, una expresión fantasmagórica, alucinante y terriblemente amenazadora.

Si impone la búsqueda, para lo que tendrán que subir a la montaña los

chicos mayores e indagar si es allí donde realmente habita la bestia. Los tres cabecillas —Ralph, Jack y Roger—, impulsados un tanto por su antigua rivalidad y por el necio prurito de una emulación desatinada, siguen impertérritos, mientras los demás desisten de la empresa. Cuando llegan a la cumbre, la noche se les había echado encima y solamente pudieron ver, a la pálida luz de la luna, el espectáculo de una criatura espantosa, acurrucada sobre sí misma, que de repente se hincha, se alza, para encogerse de nuevo con un sordo chirrido de pesadilla.

El desenlace final no puede ser más trágico. La ruptura entre los citados Ralph y Jack es inevitable. La montaña se ha convertido de pronto para los muchachos en lugar tabú. Ya nunca arderá la hoguera en su cumbre, por lo que las esperanzas de que sean salvados por un barco serán pura ilusión.

Sin embargo, no todos creen en la bestia. Simón, un chiquillo enfermizo, impresionable y un poco visionario, pero inteligente, está seguro de que lo que han visto los compañeros tiene una explicación natural. No se atreve a decirlo en público; pero saca fuerzas de flaqueza para subir él solo a la montaña para averiguar la verdad.

Entretanto, Ralph ha perdido el liderazgo a manos de Jack, que convierte al grupo en una tribu de salvajes, «en una horda de seres pintarrajeados y primitivos, ajenos a todo afán de liberación, entregados a impulsos más elementales», que preparan una gran orgía con la matanza de un cerdo. Jack clava la cabeza del animal en una estaca y se la ofrece a la bestia para apaciguarla, porque —la verdad sea dicha— todos están llenos de miedo.

Todos, incluso Ralph, Piggy y los mellizos, que se habían mantenido alejados de la banda, participan del festín. Estaban hambrientos de carne. Deseaban saciar su apetito. Los chicos, enloquecidos, en medio de una tormenta de relámpagos y truenos, inician una danza, «que es como un débil consuelo a sus inquietudes».

De pronto, la bestia, vacilante, tambaleándose, se precipita en medio del corro. Es Simón, que viene de la montaña y ha visto el cadáver enredado en el paracaídas. Trata de explicárselo a los compañeros, porque prevee el peligro que se cierne sobre ellos: el señor de las moscas, el maligno Belcebú, trae la maldición y la ruina.

Entre los salvajes, el miedo se ha convertido en ansia de sangre «lustral abominable», escribe Ruiz-Werner— urgente y desesperada. Todos se arrojan sobre el indefenso Simón, que, encogido en el suelo, es atravesado por las lanzas, los dientes y las uñas de sus antiguos compañeros.

Cuando la suave lluvia, que cae después de la tormenta, calma los ánimos y atempera los instintos, todos caen en la cuenta del crimen que acaban de co-

meter. Incluso Ralph y Piggy, aunque no se acercaran a la pobre víctima, se sienten de algún modo culpables.

Jack, el nuevo jefe, autoritario y tirano, trata de hacer comprender a los asustados muchachos que Simón era, en efecto, la bestia, «y la bestia es inmortal, luego no murió; su muerte es sólo una apariencia: falso alivio que debe repetirse incansablemente, muerte cíclica, fantasmal resurrección, condenada a reiterarse en la perpetua agonía de una duda fingida que es certeza inabarcable».

Pero Jack se ha hecho el amo y ya no respeta nada, ni a nadie. Hasta llega a romper las gafas del pobre miope de Piggy, el cual no sólo se verá privado de la vista, sino que tampoco podrá encender el fuego, pues era la única herramienta con que podían hacerlo.

Roger, por su parte, hurafío e instintivo, subido en lo alto del que llaman castillo, prepara su venganza. Sabe esperar a que Ralph y Piggy estén debajo del gran peñasco, para apalancar con todas sus fuerzas y conseguir que caiga sobre los niños. El pequeño miope salta por los aires con la cabeza destrozada y se hunde en el mar ante la mirada estupefacta de los demás.

Jack se lanza entonces sobre Ralph, al que cree culpable de todo lo que está aconteciendo en el campamento, y su lanza desgarró su piel. Ralph huye despavorido y se interna en la selva, con la esperanza de que no le sigan, pues no les cree tan salvajes. Pero los salvajes llegarán hasta el final y lo mismo que se organizaban para la caza del cerdo, ahora se organizan con saña y con rabia creciente para la caza del hombre.

Las fuerzas del mal crecen. Aquella jauría humana acosa a su víctima, que se esconde en un espeso matorral. A fin de que no pueda escapar prenden fuego a la selva. Ralph, desesperado, con la vehemencia del pánico, ve cómo el cerco se le estrecha. Salta desalentado. Corre entre las llamas; entre el humo cegador que envuelve la selva. Jadeando, acorralado, se precipita de un lado para otro a través de la jungla, por entre los árboles que estallan en el incendio. Corre hacia el mar que divisa en la lejanía. Extenuado, cae en la arena, esperando a que lleguen los perros de presa. Cuando recobra el sentido, ve delante de sus ojos a un oficial de Marina.

La llegada del crucero inglés le ha salvado la vida. Los muchachos vuelven a la normalidad. «Ya son otra vez, en la seguridad de las personas mayores, chiquillos modosos, colegiales circunspectos y discretos y son capaces de convertir sus lanzas criminales en juguetes de niños».

Pero Ralph se da cuenta de que algo ha ocurrido en su corazón de niño. Comprende que ha perdido su inocencia para siempre, porque acaba de ver el vacío tenebroso del corazón del hombre. Ralph acaba de asomarse al pozo in-

sondable de la conciencia, vislumbrado, entre los sollozos que lo estremecen con la congoja de lo irreprimible.

El resto de los niños lloran ahora a coro, contagiados por el llanto del muchacho. Un llanto que bien pudo ser el rescoldo de una nueva vida que empieza, aunque ya muy distinta a la que llevaban y tenían antes de que el destino les arrojara, náufragos, a la isla maldita del Pacífico.

La crítica ha especulado bastante sobre la originalidad de esta novela extraña. Y se ha discutido sobre si es fábula, parábola, ciencia-ficción, novela de aventuras, o un fino análisis sobre los problemas del bien y del mal. Se ha dicho, también, que es la novela «de un presente o un futuro posibles; la historia de la muerte de la civilización en un grupo de niños; y también, simplemente, un libro hermoso, terrible e inolvidable.

Es posible que *El señor de las moscas* sea una novela símbolo, mito y alegoría. O, si se prefiere, es una fábula de la que sacamos la terrible moraleja del triunfo en el mundo del mal sobre el bien. El trasfondo de la misma es una concepción del mundo hondamente pesimista, que se filtra a través del cañamazo de la acción, que se condensa en el entramado ficticio de la peripecia.

Para el citado prologuista Juan Martín Ruiz-Werner, *El señor de las moscas* es una novela de aventuras, inserta en la larga tradición literaria inglesa, en la que su autor ha invertido los términos, transformando el relato en una antirrobisonada, en un contrapunto amargo de la amable inocuidad habitual. «Historia desoladora —escribe— en la que no prevalecen los sentimientos elevados, en donde la gracia edénica de la isla, como un irónico telón de fondo, resalta con más vigor la lúgubre situación de sus moradores».

Desoladoras resultan las conclusiones que se pueden sacar después de leer este libro. En primer lugar, no existe el buen salvaje ingenuo, que nos pudiera pintar con tan vivos colores el ilustrado de Rousseau; ni es posible una vida idílica en el condicionamiento de total desamparo de un naufragio, por lujurioso y pródigo que se ofrezca el contorno. El mal precede, acompaña, envuelve y sigue al hombre durante toda su existencia sobre la tierra.

En segundo lugar, *El señor de las moscas* es, sobre todo, «como un microcosmos de la colectividad humana, y esto en dos sentidos divergentes. Por un lado, es un esbozo de historia imaginaria de la sociedad, una reconstrucción esquemática del origen de la civilización. Por otro lado, representa una mirada al futuro, desengañada y lúcida, sobre la posible ruina del acervo cultural de la humanidad».

En tercer lugar, otra de las consecuencias que podemos sacar de la lectura de este libro y que, sin duda, está en el pensamiento de Golding, es como el miedo puede ser la enfermedad esencial del hombre, la fuente de todas sus calamidades, y a la vez el aglutinante más fuerte de las agrupaciones humanas, el factor de cohesión más primordial y efectivo, según queda apuntado arriba.

Y aquí está nuestro pequeño grupo de náufragos. Son ellos: los citados Ralph y Jack Merridew; Roger, Piggy —el encantador y miope de Piggy—; Simón, Maurice y todos los demás. Sorprendidos, atemorizados y expectantes van descubriendo el lugar donde han quedado aislados del resto del mundo.

En su búsqueda, se van encontrando a sí mismos y descubriéndose como son. ¡Qué maravilla de diálogos los que ocurren entre Ralph y el citado Piggy!... Piggy, «el niño gordo», «el pequeño cerdito», el cegatas de Piggy, que demuestra ser el más inteligente y humano de toda la muchachada. Diálogos que descubren lo que lleva dentro cada uno y que irán sacando a medida que avance la convivencia, la cual ha de terminar —porque el mundo es malo, porque «el hombre es lobo para el hombre»— en una trágica realidad.

Al principio, como queda insinuado arriba, es Ralph, el amigo íntimo de Piggy, quien lleva la voz de mando. Al final, será Jack el que ocupe su lugar, convirtiéndose en un terrible matón.

Ralph y Piggy se encuentran solos en la que, según todas las apariencias, debe ser una isla. Nadie sabe que están allí. Y pueden estar en aquel apartado rincón del mundo hasta que mueran.

Pero se sobreponen y el pequeño es el primero que inicia la acción de un nuevo vivir.

Tenemos que encontrar —le dice a su amigo— a los demás. Tenemos que hacer algo.

El hallazgo de una concha les hace de momento felices. Aquella concha era «interesante y bonita, y era un juguete estimable: pero los vívidos fantasmas de su ensueño todavía se interponían entre él y Piggy, que en esta situación se hallaba por completo al margen. El tallo de la palmera, combándose, empujó la concha a través de las algas. Ralph utilizó una mano como punto de apoyo y apretó con la otra hasta que se elevó la concha, goteando, y Piggy pudo agarrarla.

Aquella concha era una caracola muy estimada y que les sería de una gran utilidad. Ralph la tomó de manos de su amigo y corrió un poco de agua por su brazo. El color de la caracola era crema intenso, tocada aquí y allá de un rosa desvaído. Entre la punta gastada, que mostraba un pequeño agujero y los labios rosados de la boca, la concha tenía dieciocho pulgadas, con un ligero arrollamiento en espiral y cubierta con un delicado dibujo en relieve. Ralph sacudió la concha, saliendo un poco de arena del profundo conducto.

Aquella caracola podían usarla, en adelante, para llamar a los demás. Ralph apretó sus labios y expelió con fuerza el aire en la concha, que emitió un ruido apagado, flatulento; lo que divirtió mucho a los niños, que rieron a una estrepitosamente.

Pero, al fin, la hizo sonar. Una nota profunda, ronca, retumbó bajo las palmeras y se esparció por las entrañas del bosque. El eco se encargó de llevarla hasta el extremo de la isla.

Y apareció Johnny. Signos de vida eran visibles ahora en la playa. La arena, temblando bajo la calina, ocultaba multitud de figuras en sus varias millas de longitud; los niños se encaminaban hacia la plataforma a través de la arena caliente y muda. Los niños venían solos o en parejas; saltaban a la visibilidad cuando cruzaban la línea de calina hacia la arena más cercana. Aquí, lo primero que atraía la mirada era una criatura negra, como un murciélago, que danzaba en la arena, y sólo más tarde se percibía el cuerpo sobre ella.

Más tarde aparecería la partida de niños, que llegaban a la playa marcando el paso, en dos filas paralelas y vestidos con trajes extrañamente excéntricos. En la mano llevaban pantalones, camisas y diferentes prendas. Les caracterizaba el gorro negro cuadrado con una insignia de plata que portaban todos, y la amplia capa del mismo color que, desde la garganta hasta los tobillos, ocultaban sus frágiles cuerpos. En el lado izquierdo y junto al pecho lucían una larga cruz plateada. Los cuellos terminaban en chorrera de encaje.

Todo aquel grupo variopinto celebraron la primera asamblea. De ella salió un acuerdo mayoritario: «el ser que había tocado aquel instrumento (la caracola), que los había esperado en la plataforma con este objeto delicado balanceándose en sus rodillas», debía ser el jefe.

Pero allí estaba Jack, al que seguía el coro de niños, el de las capas negras y sombrero del mismo color. Ellos no estaban de acuerdo en tener por jefe a Ralph. Sin embargo, la mayoría venció, y todas las manos, a excepción del coro, se elevaron para votarlo. Ralph, sonriendo, alzó la caracola al tiempo que impuso silencio:

—Escuchad todos —les dijo—. Necesito tiempo para pensar. No puedo decidir ahora mismo lo que hemos de hacer. Si esto no es una isla, podríamos ser rescatados enseguida. Así, tenemos que averiguar si es una isla. Todo el mundo debe quedarse por aquí y esperar y no marcharse. Tres de nosotros —si cogiéramos más nos embrollaríamos todos y nos perderíamos unos a otros—, tres de nosotros harán una expedición para descubrirlo. Yo iré, y Jack, y...

El jefe echó una mirada en derredor y se fijó en Simón. Éste sería el tercero de los expedicionarios.

Comenzaba la gran aventura de estos pequeños robinsones: la aventura de sobrevivir, hasta que apareciera un barco salvador. Cuando Ralph tocaba la caracola, la plataforma se llenaba de gente. Era la hora de la tarde y el sol picaba más de lo acostumbrado, obligando a los niños a ponerse sus ropas.

Y aquí comenzaron ya las diferencias de criterio, aunque, de momento,

Ralph lograba imponer el suyo, una vez que había dejado hablar a los demás, incluido Piggy, que era el más razonable, el más realista de todos y, también, el que más miedo tenía de todos. Para animarlos, Ralph les dijo:

—Esta isla es nuestra. Es una isla estupenda. Hasta que las personas mayores vengan a recogernos, nos divertiremos.

Fue entonces cuando Jack —el temido Jack Merridow— levantó la mano, pidió la concha y habló así:

—Hay cerdos. Hay comida; y agua para bañarse en aquel arroyuelo que corre por allí... y hay de todo. ¿Ha encontrado alguien otra cosa?

Y, entregando la caracola a Ralph, se sentó. Nadie osaba decir palabra. Al parecer, nadie había encontrado nada. Solamente uno de los chiquillos, diminuto, de unos seis años de edad, se movía inquieto como queriendo decir algo. Los compañeros de grupo hablaron por él:

—Quiere saber qué vais a hacer con la cosa que parece una serpiente.

Se trataba de la bestia. Ralph trató de disuadir a los pequeños, haciéndoles comprender que en aquel lugar no podía haber una serpiente de tamaño tan grande como suponían. Esas serpientes tan grandes sólo existen en África, o la India.

Entretanto, decidieron encender una hoguera en lo más alto de la isla y se comprometieron a que estuviera permanentemente encendida. «La llama, casi invisible al principio en la brillante luz del sol, envolvió una pequeña ramita, creció, adquirió más color y llegó hasta una rama que estalló con un agudo chasquido. La llama osciló más alta y los niños prorrumpieron en aplausos».

Este grupo de pequeños naufragos todavía no eran una horda de pequeños salvajes. El grupo de cazadores están de acuerdo con el jefe en que han de establecer unas reglas y obedecerlas todos. Piggy, el inteligente y miope de Piggy, gordinflón y pelirrojo, razonable y sensato como ninguno, les hace ver, caracola en mano, que nunca podrán ser rescatados, si no hacen primeramente las cosas que deben ir primero, como el levantar un refugio para no pasar frío por la noche.

Los muchachos se habituaron al nuevo ritmo de vida que imponían las circunstancias. El primer ritmo de todos fue la lenta oscilación desde la aurora hasta el veloz ocaso. «Aceptaron los placeres de la mañana, el brillante sol, el mar asolador y el aire suave, como un período en el que el juego era bueno y la vida tan intensa que la esperanza no era necesaria y, por tanto, permanecía olvidada».

Con todo, la tradición europea septentrional de trabajo, juego y comida a lo largo del día hacía que los niños no se acoplaran del todo a este nuevo vivir en aquella isla desconocida. Los más pequeños eran conocidos con el título genérico de «benjamines». Poco a poco, se iban habituando a los dolores de barriga y a una especie de diarrea crónica. Padecían, también, terrores indeci-

bles en la oscuridad de la noche y, entonces, se hacinaban, apretándose entre sí, para que este contacto de sus cuerpecitos les sirviera de algún consuelo.

Entre estos niños, había uno, Henry, que era un poco el jefe de todos ellos por ser el mayor. Solía vagabundear por la playa y como meditar a la sombra de las palmeras.

A Jack no le caía mal este grupo de pequeños. Piggy, en cambio, resultaba ser un pelmazo, debido a su gordura, a su asma y a sus ideas prosaicas y estúpidas, Jack sentía un pequeño placer en burlarse de él.

Pero este muchacho, que un buen día se hará con el poder de la pequeña tribu, y que tenía a gala mortificar al sensato de Piggy, no se preocupó gran cosa de mantener encendida la hoguera, cuando le tocaba hacer este menester, y así, el barco que vieron en el lejano horizonte pasó de largo, sin enterarse de que detrás de su estela dejaba una colonia de muchachos, los cuales se iban haciendo cada día más salvajes: si bien es verdad que los más pequeños —Henry, Percival y Johnny— construían castillos en la arena, alrededor de los cuales había un conjunto de señales, caminos, vallas, vías de ferrocarril, que únicamente tenían significación si se inspeccionaban con la mirada al nivel de la playa. Percival tenía la tez arratonada, y no habría sido muy atractivo ni siquiera para su madre. Johnny estaba bien formado, con el pelo rubio y dotado de una beligerencia natural. Henry era un poco el jefe de los tres y aun de todo el grupo de benjamines. «Cuando Henry se cansó de su juego y se puso a vagar por la playa, Roger lo siguió, manteniéndose debajo de las palmeras y avanzando despreocupadamente en la misma dirección. Henry caminaba a cierta distancia de las palmeras y a la sombra porque era demasiado pequeño para ponerse al sol. Bajó a la playa y se detuvo a la orilla del agua. La gran marea del Pacífico estaba subiendo y cada pocos segundos el agua relativamente quieta de la laguna adelantaba una pulgada. Había criaturas que vivían en esta última acometida del mar, diminutas transparencias que llegaban con el agua buscando en la arena ardiente y seca. Con impalpables órganos sensoriales examinaban este nuevo campo».

Esto fascinaba al pequeño Henry, que hurgaba con un palo, tratando de controlar los movimientos de los pequeños barrenderos. Terminó por ponerse en cuclillas a la orilla del agua, inclinado hacia adelante, con un mechón de pelo cubriéndole la frente y los ojos, mientras el sol del atardecer descargaba sus dardos invisibles.

Y aconteció el descuido de Jack, el fuego apagado y el barco perdido en el horizonte, sin escuchar los gritos desgarradores de Ralph, el cual, rebuscando en su interior la palabra más fuerte que conocía, dejó escapar la frase siguiente:

—Han dejado apagar el fuego inmundo.

A partir de este momento, aquellos niños ya no serían los mismos. El enfrentamiento entre Jack y Ralph era inevitable.

—Podrían habernos visto —dijo Ralph a su ya enemigo—. Podríamos habernos ido a casa...

Para el pobre Piggy, esto resultaba extremadamente amargo. Por un momento olvidó su timidez y, encarándose con Jack, le dijo:

—¡Tú y tu sangre (acababan de cazar un cerdo salvaje), Jack Merridew! ¡Tú y tu caza! Podríamos habernos ido a casa.

Ralph, echándole a un lado, se dirigió a Jack y le habló duramente:

—Yo era el jefe; y tú tenías que hacer lo que yo dije. Tú hablas. Pero ni siquiera puedes construir refugios..., entonces te vas a cazar y dejas apagarse el fuego.

Aquello era demasiado para el terrible y temido Jack, el cual, al tiempo que gritó: ¡necesitamos carne!, se irguió con el cuchillo ensangrentado en la mano.

Los dos niños se miraron con ira. A un lado estaba el mundo brillante de la caza, de la táctica, de la alegría feroz, de la destreza. Al otro lado, estaba el mundo del deseo ardiente y del sentido común frustrado. Jack se pasó el cuchillo a la mano izquierda, manchándose de sangre la frente, y se acercó amenazador hacia Piggy:

—¿Querías algo, ¡Fatty! (pequeño cerdito)?

Ralph dio un paso adelante y Jack golpeó con la mano abierta la cabeza de Piggy, cuyos lentes volaron y tintinearón sobre las rocas.

Piggy sabía pensar. A pesar de su cuerpo ridículo, tenía cerebro y casi convence a su amigo Ralph de que en aquel bosque no había ninguna bestia. ¿Cómo podría haberla? ¿Qué comería esa bestia?

Pero Erick, «el más cercano de los mellizos», la había visto con sus propios ojos y no estaba dormido. Y Sam, su amigo, remataba dando detalles del encuentro. «Estaba cubierta de pieles. Había algo moviéndose detrás de su cabeza..., alas. La bestia se movió también. Era enorme y estaba como sentada».

Entretando, Jack y los suyos se separaron del grupo y se dedicaron a perseguir al jabalí, hasta capturarlo y darle muerte en el matorral.

Simón, el visionario, se encontrará solo ante la bestia —«el señor de las moscas»— y conversará largamente con él, en un delicioso diálogo que se inventa el niño con aquel ser extraño que colgaba en el espacio delante de él.

Simón quedó, después, tendido en la estera de enredaderas, mientras la tarde avanzaba y el cañón continuaba disparando. ¡Hermoso y terrible sueño! Al fin, se despertó y vio borrosamente la oscura tierra junto a su mejilla. En alguna parte de la curva oscurecida del mundo, el sol y la luna se atraían; y la

película del agua sobre el planeta tierra resistía, combándose ligeramente a un lado, mientras giraba la corteza sólida. La gran ondulación de la marea seguía avanzando en derredor de la isla y el agua se elevaba.

Sucedería lo que se veía venir: la gran pelea de Jack y sus cazadores con el valiente y gran derrotado de Ralph, al que bien poco puede ayudar su amigo Piggy. «Entonces se entabló una enconada contienda en la entrada del refugio, con manotadas y porrazos de cosas vivas. Alguien zancadilleó a Ralph y el rincón de Piggy se convirtió en un barullo de gruñidos, de estruendo y de miembros al aire. Ralph atizó un puñetazo; después, él y lo que parecía una docena de personas, se revolcaron por el suelo, golpeando, mordiendo, arañando. Lacerado y zarandeado, encontró unos dedos en su boca y los mordió. Un puño retrocedió y volvió a caer como un émbolo, de tal manera que todo el cobertizo estalló en luz. Ralph se enzarzó sobre un cuerpo contorsionado y percibió un cálido resuello en su mejilla. Empezó a machacar la boca que tenía debajo usando su apretado puño como un martillo; golpeaba con un histerismo cada vez más apasionado a medida que se tornaba resbaladizo aquel rostro. Una rodilla ascendió violentamente entre sus piernas, y se desplomó de costado, desgarrado de dolor, y la lucha rodó por encima de él. Entonces se derrumbó el refugio con un final sofocante; y las formas anónimas se abrieron paso a empellones. Unas sombrías figuras salieron fuera de las ruinas del cobertizo y huyeron, mientras los chillidos de los pequeños y el jadear de Piggy volvían a ser audibles».

Habría una segunda pelea entre estos dos pequeños titanes, esta vez con las armas que ellos mismos se habían fabricado. «Jack arremetió impetuosamente y asestó una lanzada al pecho de Ralph. Éste percibió la posición del arma al vislumbrar el movimiento del brazo de Jack, y desvió la acometida con el mango de su venablo. Luego giró en redondo la lanza y alcanzó a Jack en la oreja con un pinchazo. Estaban frente a frente, resollando con violencia, empujando y mirándose ferozmente».

Piggy será mortalmente herido por la roca que, desde lo alto, lanzaron contra él. «Su cabeza se abrió, saliendo una materia que enseguida se puso roja. Los brazos y las piernas de Piggy se contrajeron levemente, como las patas de un cerdo recién matado. Entonces el mar respiró de nuevo en un largo y lento suspiro, el agua hirvió, blanca y rosada, sobre la laja, y cuando se retiró, succionando, el cuerpo de Piggy había desaparecido».

Aquello era una verdadera «jauría de cazadores» contra los que, poco antes, habían sido sus amigos y compañeros de naufragio. Hasta Bill —el bondadoso y pequeño Bill— se había convertido en un salvaje, capaz de matar a Simón, simplemente porque su imagen rehusaba confundirse con aquella antigua figura de un niño en pantalones cortos.

El final es sencillamente estremecedor. Deshechos, rotos, hambrientos, desnudos, «salvajes»..., los que quedaban ven con estupor cómo un oficial de marina estaba de pie en la arena, mirando a Ralph con precavido asombro. Detrás de él, en la playa, había una canoa, con la proa atracada a la costa y sostenida por dos marineros. En el banco de popa, otro marinero empuñaba una metralleta.

Simón estaba muerto... Y Jack había sido la causa del crimen cometido contra Piggy... Las lágrimas empezaron a fluir de los ojos de Ralph y los sollozos lo sacudieron. Se abandonó al llanto por primera vez en la isla. Grandes, convulsivos espasmos de pena parecían contorsionar todo su cuerpo. Su voz surgió bajo el humo negro ante las ardientes ruinas de la isla; y contagiados por aquella emoción, los demás chiquillos comenzaron a estremecerse y a sollozar también.

En medio de ellos, con el cuerpo mugriento, el pelo desgreñado y las narices sucias, Ralph lloraba el fin de la inocencia, la oscuridad del corazón del hombre, y la caída por los aires del sincero y discreto amigo llamado Piggy.

#### IV. LOS HEREDEROS

Golding, para esta novela, parte de una cita de H. G. Wells, sobre el origen del ogro en el folklore, que no es más que la visión del hombre primitivo, elemental, el descubrimiento de otros hombres, de la oscuridad, de la muerte. «Sabemos muy poco —dice H.G. Wells— del aspecto del hombre de Neanderthal, pero esto parece sugerir un pelaje excesivo, una fealdad o una rareza repulsiva en la apariencia de la parte superior de su frente y de su frente misma, de sus cejas sobresalientes, su cuello de mono y su estatuta inferior... Sir Harry Johnston dice en una investigación del origen del hombre moderno en sus «Views and Reviews»: «El recuerdo racial lejano de tales monstruos parecido a los gorilas, con hábiles talentos, paso vacilante, cuerpos peludos, dientes fuertes y posibles tendencias caníbales, pueden ser el origen del ogro en el folklore...».

Con *Los herederos* —«The inheritors», en el original inglés—, William Golding reafirma su pesimismo existencial, mostrándonos un mundo prehistórico poblado por seres humanos plenamente formados, pero carentes de hábitos de convivencia armoniosa, hombres que acaban siendo los peores enemigos entre sí, al igual que ocurre en *El señor de las moscas*. La tesis que parece sostener es la siguiente: «La sociedad es el resultado de nuestro propio sentido individualista, que requiere defensa por parte de los demás, y esto es lo que nos induce a unirnos a ellos».

La novela plantea el problema del mal, lo mismo que en *El señor de las*

*moscas*, aunque desde el punto de vista más decididamente histórico, con mayor insistencia sobre el elemento de fatalidad que abrumba a la existencia humana, y dejando en segundo término el plano puramente psicológico. Los héroes del libro —escribe el prologuista arriba citado— son ahora una tribu prehistórica, un grupo de hombres de Neanderthal, aislados igualmente en un ambiente limitado y sin salida. Bajo la guía de su jefe Mal, la pequeña comunidad ha abandonado la gruta junto al mar que le sirviera de refugio durante la estación fría, para dirigirse a través de las montañas hacia la región que constituye su morada habitual.

Son seres semihumanos, de apariencia simiesca, situados en un estadio muy rudimentario de desarrollo intelectual; pero inofensivos, dotados de un fuerte espíritu de confraternidad, esencialmente inocentes en su vida instintiva y rutinaria. «Su mente, que se abre vacilante al mundo misterioso de la reflexión, que busca a tientas un camino en la sombría maraña de la acción sobre la naturaleza inhóspita que los acosa, se debate rudamente con el tosco instrumento de que dispone: con el pensamiento analógico, que se halla muy lejos de la complicada máquina conceptual».

Son unos seres rudimentarios, los cuales, más que con ideas, piensan con imágenes, con representaciones intuitivas de hechos pasados, que reproducen más o menos fielmente la oportunidad actual. De este modo, resuelven sus pequeños conflictos, sus casos de emergencia, sus necesidades primarias.

De entre estos hombres —mitad hombres, mitad gorilas— destaca Lok, con su vara de espino, buscando el equilibrio y dando manotazos a diestro y siniestro al caer en la cuenta de que ha desaparecido el tronco que utilizaban como pasarela para vadear el pantano. «Lok corría tan rápido como podía. Iba con la cabeza gacha y llevaba su vara de espino horizontalmente, buscando el equilibrio y dando manotazos al montón de capullos, brillantes, con su mano libre. Liku iba montada en él, riéndose, con una mano apretada a los rizos castaños que caen por el cuello y la espalda de Lok y sujetando con la otra a la pequeña Oa debajo de la barbilla del mismo. Los pies de Lok eran hábiles. Veían. Le hacían rodear las raíces de las hayas dispersas, saltaban cuando había un charco de agua a través de la ruta. Liku le pegaba en el vientre con sus pies...».

Ninguno sabe cómo salir de aquel obstáculo imprevisto. Hasta que Mal —el viejo y achacoso de Mal—, a quien su larga experiencia ha dado comprensión y destreza, se retrotrae al recuerdo de un árbol caído que viera en otro tiempo emplear con idéntico propósito, y entonces «la mísera banda» logra llegar a salvo al otro lado de la ribera.

Pero Mal —el anciano, sabio y sentencioso de Mal—, al tiempo de pasar aquel puente improvisado, dio un paso en falso y se precipitó en las heladas

aguas de la ciénaga. Consiguieron sacarlo y, entre todos, procuraron reanimarlo dándole calor con sus propios cuerpos.

«Al fin se callaron y Mal empezó a cruzar. Tosió un poco y gesticuló secamente.

—Ahora, Mal.

Colocó su vara de espino horizontalmente para equilibrarse. Corrió hasta el tronco, con sus viejos pies, agarrándose y resbalándose. Empezó a cruzar, ladeando y moviendo la vara de espino. No alcanzó a adquirir la suficiente velocidad para atravesar sin problemas. Vieron la angustia en su cara, vieron sus dientes raídos. Después, su pie trasero pisó un pedazo de corteza del tronco, dejó un trozo pelado y no fue lo suficientemente veloz. El otro pie se resbaló y él se cayó hacia adelante. Se balanceó hacia los lados y desapareció en un agua sucia y agitada. Lok se apuró a saltar gritando tan fuerte como podía... «Ha se lanzó al agua, gesticulando dolorosamente por la extraña sensación fría. Cogió la vara de espino que Mal tenía agarrada de la otra punta. Ahora había cogido a Mal por la muñeca y estaba dando tumbos por todos lados, parecía que estaba peleando. Mal se soltó y empezó a trepar en cuatro patas hacia tierra firme. Se encontró un espino entre él y el agua y se abrazó allí temblando... Liku se abrió paso en el grupo y presionó su vientre contra las pantorrillas del viejo. Sólo la vieja esperaba sin moverse. El grupo de gente se inclinaba alrededor de Mal y compartía sus temblores».

Mal recobra el sentido, pero no el vigor de sus fuerzas naturales que, cada día, le flaquean más. Sabe que va a morir pronto y dejar a la tribu un poco huérfana, al menos en el consejo y la prudencia. Mal intuye que, después de su muerte, la desgracia se cebará entre su gente, y que otra tribu más fuerte, más evolucionada, se echará sobre ella haciéndola sucumbir en su torpe civilización.

Enfermo, en cuclillas entre el fuego y el nicho que le cobija, Mal le quita la piedra cortante a Ha y habla para la pequeña tribu:

—Ésta es la piedra que yo usé. ¡Vean! aquí pongo mi dedo gordo y aquí puedo colocar mi mano alrededor de su grosor.

Y como para enseñar a sus descendientes de qué manera tenían que usarla, mantuvo la piedra en algo, haciendo mímica de cómo se corta una rama.

Y Lok, en su mentalidad de niño, exclamó:

—La piedra es buena. No se ha ido. Se ha quedado al lado del fuego hasta que Mal volvió.

«Ahora la naturaleza estaba empujando las espigas de los bulbos, engordando los gusanos, agrandando los olores de la tierra, combando los brotes en las ramas y en las grietas. Bailó por el terraplén cerca del río, con los brazos extendidos»... Y llamó a Oa.

Existía una gran Oa. Ella había sacado a la tierra de su vientre. Ella le había dado de mamar. La tierra trajo a la mujer y la mujer sacó al primer hombre de su vientre.

Los «herederos» —seres humanos más cercanos al *Homo sapiens*—, con su desarrollo estructural más elevado, provistos incluso de armas, con una técnica y una capacidad intelectual más avanzadas, vivían en una isla bordeada por dos inmensas cascadas, en medio del río, al pie de la terraza donde, precisamente, van a acampar los hombres del viejo y prudente Mal.

El encuentro entre las dos tribus será inevitable, y, al final, vencerá el más fuerte y el mejor preparado. Uno a uno, los compañeros de Lok irán desapareciendo, tragados por el abismo incomprensible que se abre al otro lado de los acantilados. Primero es Ha, quien en compañía de Nil y de la pequeña cría que ésta lleva a las espaldas, salió en busca de leña para atizar el fuego con que calentar los ateridos miembros del jefe Mal, que está agonizando entre el fuego y el nicho que le cobija. Las palabras de Nil narrando el suceso, palabras atropelladas y confusas, siembran la consternación en medio de la tribu. Al parecer, existen otros hombres distintos a ellos.

Esta imagen de que vivan otros seres en aquel mismo lugar no acierta a concretarse en sus reducidos cerebros. Ni siquiera Mal alcanza a desentrañar el enigma, que, sin embargo, se va haciendo cada vez más palpable, más inminente.

Entretando, Liku —la pequeña Liku— desea ver, saber, comprobar con sus ojos lo que vive en su derredor. Desea ir con Lok a la montaña, al llano.

Y Fa —la vieja y fiel compañera de Fa—, siempre en cucullas, cuidando de Mal, que se muere de asma y de viejo. Fa que cuida, igualmente, de que no falte leña al fuego.

Y mamá Nil, por cuyo hombro trepa el recién nacido de Ha, y a cuyos pechos se amamanta.

Se podría decir que la pequeña tropa vive tranquila en su tribu. Hasta que llegan las temidas «hienas» disputándose la presa, un gamo hermoso, al que Fa se ocuparía de destrozar ferozmente su vientre con la navaja de piedra.

La gente estaba callada. La vida, al parecer y ahora con aquella carne, estaba asegurada. No había necesidad de buscar más comida. El mañana estaba asegurado y el pasado mañana era todavía tan remoto, que nadie se iba a molestar en pensar en él. La vida era hambre exquisitamente aliviada. Mal comería pronto un pedazo de seso suave. La fuerza y la ligereza del gamo empezaría a crecer en él.

Pero Mal sabía que esto no era verdad. Y un buen día de aquella historia primitiva de la humanidad Mal se murió y la citada Ha desapareció de la tribu. Lok, en vano, irá tras su busca. En su ausencia, otros habitantes de la tie-

rra —«los herederos»— asaltarán la tribu y harán una masacre, llevándose cautivo al recién nacido, y, también, a la pequeña Liku, la cual, ya dentro del nuevo grupo, encuentra a Tanakie, la que puede ser su nueva compañera.

Lok, desesperado, alocado, daba gritos, mientras contemplaba indefenso la desolación. «Aferrado de pies y manos, cuelga en mitad de la corriente, se inclina casi a ras del agua, y entonces, lleno de estupor, ve el cadáver de la vieja compañera de Mal flotando lentamente entre las algas; aquella mujer que había sido su madre, tan cerca siempre de Oa, la diosa fecunda de la tierra, llevando constantemente en sus manos la carga preciosa del fuego, la bola de barro envuelta en hojas en cuyo interior palpita la chispa misteriosa y benéfica; aquella mujer remota y comprensiva, serena y prudente, que conocía muchas cosas, lo miraba ahora sin verlo, con sus ojos desencajados, y Lok se sintió solo y desvalido, como si de repente se hubieran roto los lazos que constituían la esencia y la vida de la tribu».

Cuando vuelve al refugio, es esperado por Fa, que le cuenta la tragedia. Cómo «los otros hombres» habían logrado subir hasta el abrigo de la cornisa. Ella, al verlos, se escapó y se escondió; pero a Nil y a la vieja las mataron y las arrojaron al río, llevándose a Liku y al niño.

Lok, en su torpe mollera, estudia el modo de rescatar a aquellos seres queridos. Y emprende con Fa la subida. Pero, ya cerca de donde se encontraban, al oír los tiernos vagidos del niño, no pudo contenerse y llamó fuertemente a Liku, lanzando en medio de los presentes un trozo de carne que había traído para alimento de la chiquilla. «La confusión, el tumulto aterrorizado, las carreras y gritos que se originan, y la consiguiente batida por los alrededores con teas encendidas, obligan a Lok y a Fa a escapar apresuradamente y a regresar desalentados a su antiguo hogar; sin fuego, desconcertados, rodeados de hienas hambrientas, junto al leve túmulo que cubre los restos de Mal, aprietan sus cuerpos en un abrazo que no calma su desesperación».

De aquella masacre se salvará solamente el niño, «el pequeño diablo al que amamanta una de las mujeres de la tribu y que se convierte en la encarnación del espíritu del mal, de ese espíritu cuyo nombre pronuncia en su hechizada semiconsciencia Tanakil, la niña que acogió a Liku con benevolencia, víctima a su vez de ese azar implacable de los hechos que sellará la incomunicación irreducible de los hombres en su lucha infinita por la supervivencia».

Una novela —*Los herederos*— densa, opresiva, lenta como la marcha del pensamiento de sus protagonistas, desde cuyo punto de vista está narrada, y en donde el autor de la misma destaca la acción de la fatalidad, que pesa inmutable —hoy como siempre— sobre la historia del género humano.

Al final, siempre la ley del más fuerte —como queda apuntado arriba—; y aquí el más fuerte es el mal frente al bien. Porque si los «herederos» han

triunfado —escribe nuevamente Ruiz-Werner—, no es porque sean mejores ni peores que sus adversarios; son sencillamente los más fuertes; pero su terror incoercible a las fuerzas telúricas que los circundan, más sofisticado y corrompido, más intelectual, pero a la vez más irracional, los empujará a identificar a sus competidores con el mal y a perseguirlos hasta su aniquilación completa.

## V. MARTÍN EL ATORMENTADO

Esta nueva novela de Golding —«Pincher Martin», en inglés—, es quizá, al menos desde el punto de vista formal, la más perfecta de todas las que lleva escritas hasta el presente y que se conocen en lengua castellana. Es, también, la más armónica y sobriamente delineada en torno «al sólido núcleo de aparente simplicidad que la constituye». Pero es, igualmente, y paradójicamente, la más compleja, la de más difícil lectura, con un significado simbólico que se diluye a lo largo del relato en una ambigüedad sutil, en un fluctuante cabrilleo, que salta inestable de la realidad a la imaginación, de la ficción a la verdad.

Para muchos críticos —que, por cierto, la titulan en castellano «El naufrago Martín»—, es la más lograda de todas, y el protagonista es de los que dejan huella en el género y, sobre todo, en la problemática profunda de su autor. Como hemos de ir viendo, este protagonista es un oficial de torpedos que se siente angustiado ante la muerte cercana «y no sabe ante quién plantear esta angustia».

Para Golding —y con esto nos adelantamos al juicio que merece de conjunto—, la razón es clara: «El universo está vacío. ¿A quién vamos a plantear estos problemas? Ya de por sí, es importante que nos sintamos inducidos a planteárnoslos a nosotros mismos. Mientras sintamos esta necesidad, el hombre no será un caso completamente perdido».

La técnica de *Martín el atormentado* se funde impenetrablemente con el contenido, formando un todo compacto, macizo, indiscernible. El citado Juan Martín Ruiz-Werner cree que en esta obra hay dos peculiaridades fundamentales que la diferencian de los libros anteriores, aunque el fondo del tema sea el mismo. La primera consiste en la amalgama de lo puramente subjetivo con lo real; en la alternancia de los datos concretos con los estados de conciencia, de las percepciones internas con la efectividad del mundo circundante, en una interpenetración equívoca que conduce al protagonista de la obra a no saber ya dónde termina su cuerpo y dónde empieza la objetividad exterior. «Es esta sucesión alucinante —escribe textualmente— de sensaciones y recuerdos, de actualidad y fantasía, lo que caracteriza el estilo de la novela, como una prueba brillante de la habilidad del autor para manejar la anécdota, convir-

tiéndola en una auténtica construcción, en una unidad arquitectónica en que la palabra no es sólo un medio expresivo, sino el elemento intrínseco, fundamental de la narración misma.

La otra peculiaridad estriba en lo que el propio autor ha llamado «final con truco»; algo que está presente en todas sus obras, pero que en ésta se acentúa hasta el extremo de construir la pieza esencial del argumento, la clave que nos descifrará el sentido recóndito del relato; es la revelación sorprendente que estalla en la última frase del libro y que nos obligará a una revisión completa de lo previamente admitido para revestirlo de una significación metafórica que parecía no tener. Ante el fatal desenlace del oficial de Marina, dos personajes que aparecen al final del libro dialogan entre sí: «—Si siente usted preocupación por Martín... respecto a si sufrió mucho o no...

El señor Campbell suspiró.

—Sí —dijo—, eso es exactamente lo que quiero decir.

—Entonces no sienta pena por él. Ya vio usted el cadáver. Ni siquiera tuvo tiempo de desprenderse de las botas».

El argumento de esta magistral novela es el de un oficial de la marina inglesa, el cual, tras haber sido torpedado su barco, medio enloquecido por la soledad, agotado por las penalidades, por el hambre y la sed, arrojado a una roca inhóspita, perdida en medio del Atlántico, lucha denodadamente por sobrevivir.

Y es entonces cuando vuelve sobre su pasado —un pasado sórdido y mezquino—, al que trata de aferrarse, a pesar del asco creciente que le inspira, como al último asidero que mantendrá sujeta su amenazada identidad.

Martín se halla suspendido, separado de su cuerpo, sacudido con tanta violencia «las luminosas visiones que se entremezclaban rápidas ante sus ojos aparecían empaçadas de luz, pero no les prestaba la menor atención... Una visión adquirió más fijeza y el hombre puso atención en ella. Hacía tantos años que no había visto nada semejante, que la mueca llegó a ser expresión de curiosidad y se hizo menos intensa. Estudió la visión».

Aquella mueca imaginó palabras para sí mismo. No fueron articuladas, pero en un luminoso modo fueron una comprensión. Naturalmente. Mi salvavidas. Fue todo lo que se le ocurrió decir.

Efectivamente, Martín estaba sujeto con las cintas del salvavidas por debajo del brazo. Las cintas pasaban por encima de los hombros, rodeaban el pecho y se ataban delante más abajo del hule y del saquillo... «Estaba suspendido en el agua como las figurillas de cristal; no hacía esfuerzos, estaba flojo. Por encima de su cabeza se arrastraba con regularidad una ondulación».

El primer grito que lanzó Martín —desde este momento ya ator-

mentado— fue el de «socorro», llamando a los compañeros, a cualquiera de ellos:

—¡Nat! ¡Nathaniel!... ¡Por Cristo! ¡Nathaniel! ¡Socorro!

Y cesó de dar voces cuando se dio cuenta de que nadie le respondía. Estaba solo en medio de una gran soledad. Sus facciones se relajaron. «Quedó indiferente, sin fuerzas, sostenido por el salvavidas, dejando que las olas hicieran lo que quisieran. Volvieron a castañetear sus dientes con tanta fuerza, que había momentos en que la vibración se extendía hasta incluir todo su cuerpo... Dejó caer las manos y su cara volvió a hundirse en el agua. Se tendió de espaldas, obligando a su cabeza a soportar los dolores, de modo que sus ojos, si los hubiera abierto, habrían mirado al cielo».

Martín conversa ahora consigo mismo. Trata de darse ánimos, y se las ingenia para no morir, encontrándose en aquel estado. «Dentro de poco —se dice— amanecerá... Debo moverme de un sitio a otro... Lo suficiente para ver si algún otro se mueve por delante de mí... Dentro de poco, amanecerá... Veré despojos de naufragio... No quiero morir... No puedo morir... Yo no... Preciosa».

Y se levanta impulsado por una súbita oleada de sentimientos que nada tenían que ver con el contacto con el mar. De sus ojos caía a raudales agua salada. Vuelve a gritar: ¡Socorro, quien sea..., socorro! pero no le responde ni el eco.

El monólogo interior continúa: «Si hubiera estado abajo, podría haber conseguido hasta un bote. O una balsa. Pero tenía que ser la maldita hora de mi guardia. Volado el maldito puente. La nave habría seguido quizá a estribor si se hubiera recibido la orden con tiempo, o se habría hundido, o dado la vuelta. Ellos estarán allí, en algún lugar en la oscuridad donde se hundió, preguntándose unos a otros se sienten desanimados: corridos y punteados de cabezas en medio del agua, del petróleo y de los restos a la deriva. Cuando amanezca tengo que encontrarlos, ¡Cristo, tengo que encontrarlos! O los recogerán y a mí me dejarán aquí para que me infle como un coy. ¡Cristo!».

Vuelto a la serenidad, se pregunta friamente dónde se encuentra. «¿Dónde demonios estoy?...

En un punto rocoso, acaso pico alto de alguna cordillera; un diente postizo de la vieja mandíbula de un mundo sumergido que resaltaba en la inmensidad del océano.

Y ¿a cuántas millas de la tierra seca?... No lo sabía, ni lo podía averiguar. Entonces, una terrible aprensión —no el pánico de las primeras horas—, un profundo terror generalizado le impulsó a agarrarse a la roca con sus dedos insensibles, hasta el punto de que llegó casi a incorporarse, y se inclinó sobre la hierba y las protuberancias gelatinosas.

Martín tiene momentos en que se cree totalmente perdido y sin esperanzas de salvación. Anhela buscar un refugio; de lo contrario, morirá sin remedio. «Volvió con cuidado la cabeza y examinó el camino por donde había venido. Los bloques sueltos de roca que le golpearan al bajar aparecían ahora formando parte los unos de los otros. Sus ojos abarcaban yardas de extensión a la vez, superficies que parecían nadar cuando la aguja le pinchaba y hacía brotar agua de su lagrimal. Inició la subida a rastras por la roca. El viento era más flojo, pero gruesos hilos de lluvia caían sobre él...».

El frío y agotamiento le hablaban sin rodeos. «Date por vencido —decían—, quédate quieto. Renuncia a la idea de volver, a la idea de vivir. Renuncia, abandona. Aquellos cuerpos blancos carecen de atractivo y no causa excitación... ¿Qué tienes que perder? Aquí no hay nada; sólo tortura. Abandona, renuncia».

Vuelve hacia atrás en su vida, recordando su ingreso, como voluntario, en la Real Armada inglesa. «Jamás habría ingresado en ella ni puesto los pies en un navío de guerra —se dice a sí mismo—, porque sus grandes pies nunca se mostraron propicios a pisar un barco; pero se vieron incorporados por accidente a ella, mientras el hombre al que pertenecían oraba y esperaba conocer a sus eones.

En aquella hora maldijo de la condenada marina y de la cochina guerra.

Todavía le quedarán ánimos y sacará fuerzas de flaqueza, tratando de engañarse a sí mismo. Bebe del charco; o por mejor decir, chupa con la lengua del agua que queda sobre una piedra plana; porque el charco era tan sólo una mancha húmeda sobre la roca.

«Explota tus recursos, hombre —se dice—; explota tus recursos».

Ante el hambre y la sed que le atormentan, Martín «el atormentado» se levantó y bajó gateando hasta el otro lado de las zanjas. Por la parte más baja había unos cantiles que se elevaban algunos pies y, un poco más lejos, rocas aisladas rompían la continuidad de la superficie. Por el momento no hizo caso de ellas, puesto que eran inaccesibles. Los riscos eran muy ásperos. Aparecían cubiertos por una costra de percebes minúsculos que habían unificado sus viscosas secreciones hasta constituir una extensa colonia que se internaba bajo el agua, tan adentro como su ojo sano alcanzaba a distinguir. Había lapas amarillentas y coloreados caracoles marinos que se secaban arrastrándose sobre la roca. Cada lapa se asentaba en el hueco que su pie había desgastado. Había también racimos de azules mejillones cubiertos por una especie de gasa vegetal verdosa...».

Martín desea, quiere vivir. Y lo grita a voces:

—Yo viviré... No puedes darte por vencido...

El hambre le estrujaba por dentro con dos manos ansiosas. «Pero según

estaba allí colgado, la boca llena de saliva, se le hizo un nudo en la garganta como si se sintiera muy triste. Colgado de la cremosa pared, escuchó el batir de las aguas, los casi imperceptibles ruiditos y susurros que prodecían de aquella exuberancia de vida, no del todo vegetal. Buscó a tientas en su cintura y extrajo el acollador, le hizo oscilar y tomó la navaja con la mano libre. Llevó la hoja hasta su boca para sujetarla entre los dientes y la separó del mango. Introdujo la punta por debajo de una lapa, la cual efectuó tal contracción, que pudo advertir su fuerza muscular cuando volvió la hoja. Dejó que la navaja se deslizara a lo largo del acollador y se apoderó de la lapa cuando caía desprendida. La volcó sobre su misma mano y observó el interior por su extremo más ancho. Pudo ver una pata pardusca en forma de óvalo que se contraía, se encogía hacia dentro sin permitir que entrara la luz...».

Con un «¡condenada!», la arrojó lejos de sí.

Nuestro protagonista —hélo aquí—, solo, sumido en el más absoluto desamparo, reducido a la existencia desnuda, se enfrenta de este modo a la realidad que su cerebro había intentado disfrazarle. Antes que la nada, antes que ese relámpago negro del completo aniquilamiento, según escribe el citado Juan Martín Ruiz-Werner—, hubiera preferido en aquel momento el purgatorio de sus aflicciones, de su angustiada remembranza, de su renovado sufrimiento; su situación actual sería entonces el resultado de sus iniquidades, soportable por su mismo encadenamiento lógico. Pero Dios no existe, es el hombre el que lo crea a su propia imagen; no hay relación alguna entre el mundo moral y el de los acontecimientos externos; de cualquier modo que hubiese obrado a lo largo de su vida, en el marco insondable de su libertad, al final siempre se habría encontrado en el puente de ese mismo barco, dando la misma orden, acertada o errónea, que acarrearía la muerte de sus compañeros inocentes.

Sin embargo, el cuerpo se resiste a morir. Se agarra al último resquicio, al expediente de la locura, a la prolongación indefinida del sueño alucinatorio de la roca, donde le hemos visto colgado, la mente todavía lúcida, que le recuerda su pasado, en un deseo más fuerte que su propia muerte real.

Pero no podía caer en el abismo, porque su propio ser se había extendido por todo su cuerpo. Vagamente advertía que iba recuperando fuerzas; y esto no sólo le permitía sentir el frío y darse cuenta de su miseria física, sino también irritarse por ello.

Martín no piensa renunciar a la vida. «Y vio el sol más bajo que él en su caminar de caracol, y en su mente se confundieron las ideas de la revolución de la tierra sobre su eje y del viaje anual de ésta alrededor del sol. Consideró los muchos meses que un hombre debía soportar antes que le calentara el sol más luminoso de la primavera. Vio el sol desde muchos ángulos, por las venta-

nillas de los trenes, desde los campos... Confundió su fuego con otros fuegos distintos: las hogueras en el campo, en los jardines, en las chimeneas. Uno de estos fuegos era el más insistente, era real y merecía atención. Aparecía tras la reja de un hogar. Descubrió que el hogar correspondía a la chimenea de una habitación y entonces todo le resultó familiar y supo dónde estaba y el tiempo y las palabras significaron algo. En la butaca de enfrente se sentaba una figura alargada y flaca que parecía una araña. Por debajo de sus negros rizos elevaba la vista como si consultara algunas notas escritas al otro lado del techo».

Como puede, este Martín —terriblemente «atormentado»— se arrastra fuera de la hendidura donde se halla como incrustado, y se pone en pie en la zanja. El mar y el cielo aparecían de un azul intenso, y el sol estaba lo bastante alto para que sus reflejos en el agua no deslumbraran. Percibió el calor del sol en su cara y restregó con ambas manos las erizadas cerdas de la barba.

Le sostienen con vida moluscos crudos; mejillones que engulle apretando los dientes hasta romper con ellos la concha. Y en tanto trabajan sus mandíbulas, sus ojos permanecen fijos en el horizonte lejano. Cuando le duelan las mandíbulas de abrir mejillones, empleará la navaja. Y cuando se acabe la ración de mejillones azules, arrancará de la roca algunos caramelos rojos que se lleva de golpe a la boca. Ya no hacía distinción de colores. Después de engullir los caracoles rojos, cogerá un manojito de algas verdes y las masticará como si fueran hojas de lechuga.

Recobradas sus fuerzas, se atrevió a hablar en voz alta; como si de darse ánimos a sí mismo se tratara.

—Christopher Hadley Martin. Martin. Chris. ¡Soy el que he sido siempre!

Al escucharse a sí mismo, le pareció como que saliera de su singular aislamiento en el interior del globo de su cerebro y que se extendía normalmente por todos los miembros de su cuerpo. Volvía a vivir al exterior de sus ojos; salía afuera, al aire libre. La luz del día le inundaba; la luz del sol que ponía destellos en el mar. La roca maciza de la que quedó colgado era un objeto, no una ilusión; era una cosa coherente, donde había capas de guano, agua potable —siquiera fuera en un pequeño charco— y también mariscos. Era un lugar dentro del inmenso océano, marcado por la intersección de dos líneas. Había auténticos barcos que pasaban por debajo del horizonte.

El final deseado en este hombre es el rescate. Para llegar a esto, lo mínimo indispensable es sobrevivir. «Debo mantener este cuerpo en funciones —se dice—. Tengo que darle de comer, de beber y un cobijo. No importa que lo haga bien o mal. Lo importante es no dejar de hacerlo. En tanto el hilo de la vida no se rompa, podrá conectar el pasado con el futuro, pese a todo este horrible intervalo».

Martín se va haciendo sus propias consideraciones sobre las cosas que le pudieran ocurrir mientras no llegara el anhelado rescate. Debe contar con la posibilidad de caer enfermo... Ha de tener cuidado con su salud mental; por lo que no debe permitir que la locura llegue sin advertirla y se apodere de él por sorpresa. Es lógico que se le presenten alucinaciones... Debe colaborar en su posible rescate. Por lo que debe procurar que le vean. Pero la realidad es que ni siquiera cuenta con un palo donde izar su camisa. Pero, por lo mismo, ha construido el enano de piedra sobre la misma roca...

Estuvo un rato silencioso. Luego miró nuevamente al mar. De repente, advirtió que se hallaba nuevamente mirando por una ventana. Estaba dentro de sí mismo, en el extremo superior. «La ventana limitaba: por arriba, con la piel y los pelos superpuestos, confundidos, de ambas cejas, y estaba dividida en tres huecos por dos siluetas o sombras de narices. Pero las narices eran transparentes...».

Se hizo de nuevo el silencio; mientras la cosa que vivía en su cerebro saltaba de una idea a otra. Recordó que el habla era una prueba de personalidad, y sus labios comenzaron a moverse de nuevo. «En tanto pueda desear estas cosas sin hallar su falta insoportable —se decía—, en tanto pueda decirme a mí mismo que estoy solo en un escollo en medio del Atlántico y que tengo que luchar para sobrevivir, todo irá bien. Al fin y al cabo, estoy seguro si me comparo con aquellos estúpidos maricas de los barcos de su Majestad. Ésos no saben cuándo van a saltar por el aire. Me gustaría conocer el proyectil capaz de hundir este escollo».

Se afanaba por sobrevivir. Apresaba la roca en una red de nombres. La amasaba. Algunos de ellos serían incapaces de comprender la importancia que tenía todo esto en la vida de un náufrago a punto de morir. Las cosas a las que se impone un nombre —sentenciaba Martín— quedan selladas, encadenadas. Si esta roca trata de que me adapte a sus maneras, yo me negaré a ello y la adaptaré a las mías.

Seré rescatado. Seré rescatado. Se dice a sí mismo repetidamente. Y mientras tanto, ordena sus ideas. «No seamos tontos. Vayamos despacio. Es inútil mirar al cielo, porque no se puede hacer nada para llamar la atención». Y se aferra a la roca, quedando colgado de ella con las piernas en salvo fuera del agua, que vino a lamerlas.

Teme, también, que llueva. Y entonces piensa en una tienda. Porque puede que «mañana vengan a rescatarme», dice.

Martín vuelve constante a su pasado. La guerra... Los amigos. Y ante la falsa imagen de una mujer que por un momento divisó en el fondo de la hendidura, recuerda a Mary, la cual no era otra cosa que «el cruce de influencias desde la cuna; la Mary enguantada y cubierta con un sombrero que iba a la

iglesia; la Mary que comía con tan enfadoso refinamiento; la Mary que llevaba consigo, en equilibrio sobre sus pies menudos, un tesoro de almizclado y demoníaco atractivo que era tanto más de temer, por cuanto la joven apenas tenía conciencia de ello. El mencionado cruce estaba tan inexorablemente creado que cada una de sus palabras y acciones se adivinaban de antemano».

Y se preguntaba cómo aquella mujer podía entonces ocupar el centro de su intimidad, cuando el único sentimiento que le inspiraba era el odio.

Martín comenzó a reflexionar, entonces, en voz alta frente al aire sin vida, frente al papel secante:

—«La cordura es la capacidad para apreciar la realidad. ¿Cuál es la realidad de mi situación? Estoy solo sobre una roca en medio del Atlántico. Me rodea una inmensidad de agua ondulante. Pero la roca es sólida. Desciende hasta juntarse con el suelo del mar, y éste se une a los suelos que yo he conocido, a las costas y a la ciudades. Debe tener presente que la roca es sólida e inmóvil. Si la roca se moviera, me volvería loco».

Al final, todo este discurso se desmorona porque, aunque el cuerpo se resiste a morir, la mente se niega a seguir esta farsa. Cuando el cadáver de Martín sea arrastrado por las olas hasta la playa y lo encuentren Davidson y el señor Campbell, la charada del relato —como la llama Werner— se aclara definitivamente: nunca, en efecto, existió la roca, ni hubo esperanza alguna de salvación. Todo había ocurrido en la imaginación del naufrago, en el breve espacio de tiempo desde el hundimiento del barco hasta su fallecimiento que tuvo que ser casi instantáneo, ahogado en el mar.

## VI. CAÍDA LIBRE

Esta nueva novela de Golding apareció el año 1959 y de nuevo nos plantea el problema o, mejor, el testimonio de un muerto que no se sabe terminado aún.

En la *Caída libre* —«Free Fall», en inglés—, su autor aborda, por medio de su protagonista el tema que más le preocupa en toda su obra narrativa: «el problema del mal y de la acción humana, en el contexto limitado de la soledad del individuo, en la celda sombría del yo irrenunciable; pero examinado en este libro bajo el prisma de la propia perspectiva del sujeto, el cual intenta analizar la motivación íntima de su compartimiento.

La novela está escrita, esta vez, en primera persona. Y lo primero que se pregunta nuestro protagonista —Sammy Mountjoy— es cuándo perdió su libertad. Porque antaño fue libre y tenía la facultad de elegir. La mecánica de la causa y el efecto es una posibilidad estadística, pero seguramente obramos a

veces por debajo o más allá de ese umbral. El libre albedrío no puede ser discutido, sino sólo experimentado, como un color, o el sabor de las patatas.

Para enterarse de cuándo y cómo perdió su libertad, Sammy tendrá que retroceder y contar la historia del principio al fin. Una historia curiosa, no tanto por los acontecimientos externos, que son bastantes vulgares, sino por la manera cómo se le presentan en su imaginación y en su recuerdo, ya que el tiempo no se despliega interminablemente como una hilera de ladrillos.

Sammy Mountjoy es un artista que tiene cuadros en la «Galería Tate». Lo que quiere decir que ha alcanzado renombre y celebridad. Pero su arte —ensalzado por muchos críticos— no acaba de llenarle del todo. «Al infierno con mi arte —dice—. La pasión me saca de un pozo profundo, al igual que la compulsión del sexo; y a otras personas les gustan mis pinturas más que a mí, las juzgan más importantes de lo que yo las juzgo. En el fondo, soy un perro estúpido. Preferiría ser bueno antes que inteligente».

El vivir —sigue reflexionando consigo mismo— es como nada, porque lo es todo..., es demasiado sutil y copioso para el pensamiento sin ayuda. El pintar es como una sola actitud, una cosa seleccionada. Somos mudos y ciegos y, sin embargo, debemos ver y hablar. No es el rostro hirsuto de Sammy Mountjoy, los gruesos labios que se abren para dejar que su mano retire un cigarrillo, ni los lisos y húmedos músculos interiores que rodean los dientes, ni el gástrico, los pulmones, el corazón..., todo eso que podríais ver y tocar si lo rajarais con un cuchillo, sobre la mesa. Es la innominable, insondable e invisible oscuridad que yace en el centro de él, siempre despierta, siempre diferente de lo que creéis que es, siempre pensando y sintiendo lo que nunca podéis saber que piensa y siente, que espera desesperadamente comprender y ser comprendida. Nuestra soledad no es la soledad de la celda o del naufrago; es la soledad de esa cosa oscura que ve, como en el horno atómico, por reflexión, que siente por control remoto y sólo oye palabras proferidas en una lengua extranjera. Comunicarnos es nuestra pasión y nuestra desesperación.

Sammy no conoció a su padre y tiene la impresión de que su madre tampoco le conoció nunca. De esto último no puede estar seguro, pero se inclina a creer que nunca lo conoció; al menos socialmente, a no ser que despojemos a la palabra de todo significado útil.

Por lo menos la mitad de su ascendencia es tan inescrutable, que rara vez se le ocurre que valga la pena preocuparse de ella. Sammy tiene conciencia de que existe. «Estos dedos manchados de tabaco —se dice— tecleando sobre la máquina de escribir, este peso en la silla me asegura que dos personas se unieron; y una de ellas fue mamá. Me pregunto que pensaría de mí la otra. ¿Qué celebración conmemoro yo? En 1917 hubo victorias y derrotas, hubo una revolución. Frente a todo eso, ¿qué es un pequeño bastardo más o menos? ¿Era

un soldado el otro, hecho trizas más tarde, o sobrevive y pasea, evoluciona, olvida? Podría muy bien sentirse orgulloso de mí y de mi floreciente reputación si me conociera. Quizá hasta me he tropezado con él, frente a frente nuestras caras inescrutables».

No obstante, «le dieron cuerda» y funciona. Existe. A Sammy le obsesiona la idea de su padre. «¿Quién era mi padre, mamá?... Pregunta una y otra vez. Y se responde a sí mismo: «Que no lo sepa él nunca. Estoy familiarizado con el cálido latido de mí mismo y estimo bastante poco la paternidad física comparada con el lento desarrollo que viene después. No poseemos hijos. Mi padre no era un hombre. Era una partícula en forma de renacuajo, imperceptible a simple vista. No tenía cabeza ni corazón. Era tan especializado y sin alma como un proyectil teledirigido».

Sammy piensa también, y a menudo, en su madre. Ella nunca tuvo que ser una profesional, como tampoco lo es. De tal madre, tal hijo. En el fondo, los dos eran unos simples aficionados. «Mamá no tenía la habilidad —dice— para los negocios, ni el deseo de hacer carrera y alcanzar éxito. Ni era inmoral, porque eso implica alguna suerte de norma de la que pudiera desviarse. ¿Estaba mamá por encima de la moral, o por debajo, o fuera de ella?... Hoy día sería clasificada como una subnormal, y le darían la protección que no necesitaba... Apostaba pequeñas, pero vitales sumas a los caballos en el «Sun», bebía, e iba al cine. Respecto al trabajo, aceptaba todo lo que se le presentaba. Servía como asistente en las casas; recogía —recogíamos— lúpulo, lavaba y barría y limpiaba, imperfectamente, en los edificios públicos que se hallaban dentro del fácil alcance de nuestra calle...».

Físicamente, debió haber sido una moza rolliza en la flor de su juventud, pero el apetito y un crío la inflaron hasta convertirla en una mujer elefantina. Sin embargo, en sus buenos tiempos, tuvo que ser atractiva, porque sus ojos, hundidos en una cara hinchada como un pan bazo, eran todavía grandes y dulces. Había un resplandor en ellos que debió de esparcirse por toda su persona cuando era joven.

Su madre y él eran un mundo dentro de otro mundo; y Sammy se hizo hombre antes de lograr la revolución intelectual de pensar en los dos como un suburbio. «Aunque sólo teníamos cuarenta yardas de longitud —aclarar el propio protagonista del relato— y el campo nos rodeaba, éramos un arrabal». Y ya se sabe, la mayoría de la gente considera los arrabales como millas de inmundicia en el East End de Londres, o los cuchitriles hechos de pacotilla del Black Country.

En la infancia de Sammy hay una mujer: Evie. Ella estaba siempre presente en el corazón de todas las cosas. Era un año o dos mayor que él y, por eso, le dominaba. Evie era una fantasiosa y una embustera. Era, también, más

alta que él; morena y delgada, con una gran mata de pelo lacio y castaño. Llevaba medias del mismo color, con arrugas como un acordeón debajo de cada rodilla. Tenía una gran variedad de inmensas y brillantes cintas en el pelo, que él las adoraba y las anhelaba con desesperado deseo.

Sammy estaba en manos de Evie; la fantasiosa y embustera de Evie. Y lo peor era que se sentía contento de estarlo; siquiera porque, al ir a la escuela de párvulos, irían juntos. Sammy la esperaba siempre por la mañana a la puerta de su casa. Y en cuanto aparecía ella, el mundo se llenaba de luz y de sol.

Evie le lavaba en el grifo, le cogía de la mano, y le llevaba junto al «Sun», junto a la ventana de la señora de la planta verde como el cuero, y hasta la calle. Para él, Evie era mucho más interesante que la escuela en sus explicaciones. Entre sus recuerdos, ya lejanos, destacaba la tienda de antigüedades, con sus candelabros ornamentados, y la cucharilla entre los cachivaches, y la cuchara grande con la que habían dado veneno a un hombre por equivocación, creyendo que era una medicina, y la armadura completa en la oscura trasera de la tienda.

Todo esto ocurría en su infancia y en Rotten Row, la ciudad con la que rompe por primera vez cuando Evie se desvanece en sus sueños y de su vida. El mundo de Rotten Row era borrascoso y ardiente, simple y complejo, individualista y extrañamente feliz. A Rotten Row, le estaría siempre agradecido, siquiera por la relación que supuso su amistad con Evie, por haberla conocido y por la confianza que puso en ella. Y le estaba agradecido, igualmente, por su madre. Su madre estaba tan cerca de ser una prostituta, como no importaba qué, y Evie era una mentirosa nata. Sin embargo, si sólo hubiesen existido estas dos únicas personas, Sammy no habría deseado nada más. «Recuerdo la naturaleza de estas relaciones tan vívidamente —dice—, que casi me siento tentado a un aforismo: ama desinteresadamente y no podrás llegar a hacer daño. Pero enseguida recuerdo algunas cosas que vinieron después».

De este modo se alejó de la sombra de Evie, trocándose en un habitante de dos mundos enlazados. En la escuela de párvulos lo pasaba —«era un sitio de juego»— y en ella descubría muchas cosas; una de ellas el modo de actuar de las distintas maestras, y el proceder de nuevos compañeros. De modo especial, aquella pobre Minnie, que ni siquiera conocía su verdadero nombre y que se orinaba en el suelo y en los zapatos de la elegante dama que los visitó un buen día.

Rotten Row cambió mucho con los años. De ella se podía decir que no estaba cabeza abajo, porque la cabeza había desaparecido. Lo que le lleva a Sammy a exclamar: «somos una amiba, quizá esperando evolucionar..., y luego, quizá no». Contaba con aeropuerto y los muchachos pasaban la mayor parte del tiempo contemplando el aterrizaje y despegue de los aviones. Para

Johnny —su nueva pareja— eran un hechizo, y las figuras que descendían de ellos semejaban dioses. Sammy, por su parte, se contagió de este entusiasmo y adquirió bastantes conocimientos. Hasta el punto de que un buen día, juntos correrán una peligrosa aventura internándose por el aeródromo.

Philip Arnold era el otro lado del triángulo masculino. Sammy lo describe con una gran maestría. «Habíamos avanzado juntos desde la escuela de párvulos —dice—. Éramos niños en una escuela de niños, una escuela elemental, ventosa y asfáltica. Yo era tenaz, vigoroso, duro, lleno de entusiasmo. Hay una brecha entre las imágenes de Sammy Mountjoy con Evie y de San Mountjoy con Johnny y Philip. Uno era un nene y el otro un niño; pero los escalones intermedios se han desvanecido. Son dos personas diferentes. Philip procedía de fuera, de las casas de campo. Era pálido, físicamente un extremo cobarde, y nos parecía que tenía la mente como una caja de cerillas mojada. Sin embargo, ni el general, ni el dios del aeropuerto, ni Johnny Spragg, ni Evie, ni siquiera mamá, alteraron mi vida como la alteró Philip».

Por un momento, Sammy pensó que Philip se había convertido en su padre, pero realmente era su Maquiavelo. Con infinito cuidado y con una previsión histérica por su propia seguridad, Philip se transformó en la sombra de Sammy. Viviendo junto al más fuerte de la cuadrilla, se sentía del todo protegido. «Medroso, cruel, necesitando compañía, y, sin embargo, temiéndola, débil de carne, pero veloz por el miedo, astuto, complejo, nunca un niño..., era mi carga, mi imitador, mi adulator. Era para mí, quizá, algo de lo que yo había sido para Evie».

Se hicieron amigos íntimos, hasta el punto de que Sammy era el único amigo que tenía, ya que Johnny siempre tuvo un gran respeto por la autoridad. Cuando nuestro protagonista trata de reconstruir y juzgar aquellas relaciones, se asombraba. «¿Es acaso posible? —se preguntaba— ¿Era él tan listo a tan corta edad? ¿Era incluso entonces tan cobarde, tan peligroso, tan retorcido?».

Sammy Mounthoy, en su monólogo interior, trata de averiguar cuándo pudo ocurrir «la caída» que había de conducirlo al abismo monstruoso de los remordimientos. No fueron, precisamente, sus travesuras de niño en compañía de Philip Arnold. Ni siquiera aquella terrible hazaña de profanación y sacrilegio que había de cambiar el rumbo de su existencia y al que fue conducido por la malicia de su amigo. Ni tampoco su ambigua convivencia con el atormentado padre Watts Watt. Ni el choque tremendo con la tortuosa miss Pringle, la profesora de Historia Sagrada. Ni la comprensión consiguiente —debido a su confrontación con la bondad del ateo Nick Shales— de la dualidad contradictoria de sus respectivas imágenes del universo, las cuales, sin embargo, habían cohabitado hasta entonces en su ingenua mente de adolescente.

Fue más tarde, un poco después —nos dice Werner—, justamente cuando descartó el ámbito del milagro y del espíritu y abrazó el de la verdad materialista, pero despojándolo de la generosidad que Nick le prestaba en su inocencia. Sus deducciones fueron entonces perfectamente lógicas: si de la ciencia natural no puede derivarse moralidad alguna, si el universo racionalista es inmoral, el suyo, el de Samuel Mountjoy, será el mundo salvaje y amoral del goce, de la avidez sin límite que saltará por encima de todo para obtener lo que desea.

Y Sammy lo que más desea en estos momentos en que su infancia quedó atrás y no han llegado todavía las desilusiones y los desengaños, es la posesión de Beatrice, la muchacha simple y sumisa, a la que un día seducirá y otro abandonará, para encontrarla, años adelante, en un manicomio, reducida a la más completa estupidez y sin posibilidad de curación.

Aquí comienza la caída «libre». Una caída que, a partir de este momento, va a ser vertiginosa, en picado, veloz, inerte, con la misma inercia de los cuerpos de la física. «El mal se encadena al mal, incontenible, arrastrando una infamia a otra infamia, con la irresponsabilidad de la guerra, como un juego de niños feroz y horrendo, embebido en la fruición de la catástrofe, a la vez inevitable y sin sentido».

Sammy ha buscado —como todos los hombres— una imagen coherente de la vida y del mundo; pero no puede escribir la última palabra sobre aquella sala de hospital sin prestarle su testimonio de adulto. «Cuando trazo mis negras pinturas —se dice—, cuando inspecciono el caos, debo tener presente que semejantes lugares son tan reales como Belsen. También existen, forman parte de este enigma, de esta vida. Son paredes de ladrillo como cualesquiera otras, personas como cualesquiera otras. Pero en el recuerdo, adquieren cierto resplandor».

¡La libertad!... ¿Cuándo es uno enteramente libre?... Parece preguntarse nuestro protagonista. Ni siquiera en el momento en que estaba sobre la bicicleta junto a la luz del tráfico, era libre. No. No era enteramente libre. Porque aquel lugar y aquel puente, levantado por encima de una madeja de vías férreas, estaban relacionados y le hablaban de Beatrice; y a esta mujer es a la que desea, de verdad. La recuerda muy bien, a pesar del tiempo transcurrido. Llevaba un traje gris, una especie de franela lisa con rayas verticales, alternativamente verdes y blancas. Debajo tenía una blusa, con parte de la garganta y el pecho al descubierto. Dos finas cadenas de oro descendían por la tersa piel y se perdían en el tesoro. ¿Qué había al final, entre las Hespérides? ¿Una cruz? ¿Un medallón con un bucle de pelo? ¿Un aguamarina que temblaba y brillaba allí, una perfección secreta e inasequible?...

Beatrice tenía unos ojos claros, unos ojos tan serenos, grises y honrados,

porque el precio de la indignidad nunca se le había ofrecido. Sammy los miró y echó de menos su inhumana y remota pureza. Ella estaba encerrada en sí misma. Nada había llegado a enturbiar jamás su estanque.

Se decidió a escribirla, rogándole que la leyera cuidadosamente, sin saber lo común que era este comienzo en semejantes casos, sin saber que había miles de jóvenes en Londres esa noche escribiendo justamente tales cartas a tales altares.

En aquella carta, larga, confidencial, expresiva, le contaba que era una víctima indefensa, pero que el orgullo le había impedido confesarle antes esto. En cambio, ella era el sol y la luna para Sammy, el cual, sin ella, moriría. No pedía mucho: tan sólo que consintiera en alguna relación especial, que fuese más estable que aquellos encuentros casuales... Al final, le confesaba su amor por ella. «Porque te he amado —le dice— desde el primer día y siempre te amaré».

Pero Beatrice —sin darle esquinazo— le va dando largas. Una tarde consigue pasear con ella por las colinas con un tiempo gris. Sammy confiesa que, para conquistarla, se impresionó a sí mismo y blandió ante ella todo su talento. Y se sintió henchido de su propio genio al tiempo de describir la compulsión interna que le llevaba a pintar.

Pero Sammy no le era del todo sincero y le ocultaba, entre otras cosas su hábito de beber. Y es que Beatrice pensaba que el grado de condenación de las tabernas apenas era inferior al de la Iglesia anglicana. En su pueblo —pequeña aldea distante tres millas de Rotten Row— todos los borrachos pertenecían a la iglesia anglicana.

Le pide que se case con ella. Y lo más que consigue es un «quizá». Un quizá que el muchacho —los dos todavía van al colegio— tomó por un «sí», porque, tal vez, ese «quizá» era el signo de toda nuestra época, porque hoy no estamos ciertos de nada, porque nuestra vida vadeaba tinieblas hundidas hasta las rodillas, tropezando, porque todo era relativo.

Y aquella joven, entregada totalmente a Sammy, pero ausente de él, se había convertido, no en su amor, sino en su hiedra, aunque hubiera días de contento. Así siguieron casi dos años, hasta que las ondas y después el oleaje de la guerra se agitaron en torno suyo. Eran aquellos días los más propicios para el partido comunista en Inglaterra. Había cierta generosidad en ser comunista entonces; un sentido de martirio y de propósito. Sammy comenzó a esconderse de Beatrice en el tumulto de calles y salones. Y luego comenzó a preguntarse si debía vivir el resto de su vida con ella, sabiendo que estaba enamorado de Taffy, aquella mujer morena y vivaracha, la más bonita que jamás conoció, de perfil neto, con unas mejillas suaves y dos hoyuelos que contrastaban asombrosamente con su voz de tenor y su lenguaje injurioso.

Beatrice le aburría. La antigua magia estaba muerta. La tensión habitual consumida. Ya no deseaba comprenderla. Ya no creía que tuviera algún secreto. Le daba lástima y, a la vez, le exasperaba. El tiempo se encargó del abandono final.

Pero Sammy no había perdido enteramente la capacidad moral. Su personalidad escindida, a horcajadas entre esos dos mundos dispares sobre los que no tiene opción, percibe en medio de su hundimiento la belleza de la santidad, el sabor del vómito de la depravación. Su insensibilidad se quiebra al contacto de la crisis reveladora, que lo impulsará a descender a los infiernos de su alma, a escrutarse sin misericordia y sin descanso.

Tuvo siempre miedo a la oscuridad. Y, justamente, en la tortura del campo de concentración fue donde se le abrió de repente la intimidad de su ser. Allí donde vio la oscuridad abrumadora de su conciencia, la abyección de su naturaleza, insoportable ya a la luz transfigurada del amor, que vislumbraba como una necesidad imposible. Así, cuando el comandante le hizo sacar de la oscuridad física, llegaba ya tarde y como un remedio superfluo, dándole la libertad del campo de concentración cuando ya, quizá no la necesitaba.

Sammy caminaba por entre los barracones como un hombre resucitado, pero no por él. Contemplaba los barracones como quien tiene poco que ver con ellos. Le eran indiferentes, igual que la sucesión temporal de días que representaban. Así, resplandecían con la inocente luz de su propia naturaleza creada. Los comprendía perfectamente, tal como eran, simples cajas de madera delgada, transparente ahora, dejando ver adentro sus contingentes de reyes cetro en mano.

El final de esta historia termina —terminaría, si se hubieran pronunciado— con sendos discursos que Sammy había preparado para cada uno de sus progenitores no carnales: para Nick Shales y Rowena Pringle. Pero Nick estaba en un hospital, agonizando con el corazón cansado. Incluso entonces le pareció a Sammy que tenía menos de lo que le correspondía: una cama de hospital en un suburbio que él siempre había querido suprimir. Recostado sobre las almohadas, reclinada en su mano su inmensa cabeza, le pareció la imagen viva —él que se estaba muriendo— de la mente laboriosa. Sintió su propia nada y se marchó sin pronunciar una sola palabra.

En cuanto a Pringle, el discurso iba a ser también sencillo: «Los dos éramos de la misma calaña. Eso es todo. Usted estaba forzada a torturarme. Usted perdió su libertad en alguna parte, y después de eso tuvo que hacerme lo que me hizo. ¿Comprende? La consecuencia fue quizá Beatrice en la jaula de los chiflados, nuestra obra común, mi obra, la obra del mundo. ¿No ve cómo nuestras imperfecciones nos obligan a torturarnos mutuamente?».

A ella, retirada en un pueblo, a varias millas de la escuela, le gustaba pen-

sar que su antigua solicitud por Sammy había contribuido un poco a las cosas bellas que aquél era capaz de dar al mundo.

## VII. LA PIRÁMIDE

En esta nueva novela, que Golding da a luz el año 1967, se nos ofrece un análisis magistral —a través de tres sencillos episodios— de la profunda crisis que separa el paso de la adolescencia a la edad adulta. «Impregnada —leemos— de un amargo sabor de inconsciente crueldad y desolada nostalgia, esta evocación de las ilusiones perdidas y los sentimientos frustrados figura, sin duda, entre las mejores creaciones de la novelística anglosajona de los últimos años».

Golding, con maestría, pone al principio de su obra un pensamiento sabio de las «Instrucciones de Ptah-Hotep»: «Si vives entre tus semejantes, procura amar, porque el amor es el principio y el fin del corazón».

Oliver —protagonista de este relato— se encuentra en ese momento de la vida en que, sin haber alcanzado la plena juventud, la madurez, ya no es el muchacho ingenuo y se hace muchas preguntas o, por mejor decir, se las hace a la propia vida que sale a su encuentro en la mujer, en los estudios, en las aficiones, en la sociedad que le rodea...

Oliver aquella tarde había estado tocando el piano hasta que la cabeza le empezó a dar vueltas. Con furia salvaje y poco eficaz, había aporreado las teclas en un intento de interpretar el estudio en do menor de Chopin.

¿Motivo?... La bella y joven Imogen se había prometido en matrimonio y él no podía hacer nada por impedirlo. En consecuencia, se limitaba a permanecer tumbado, con la boca seca, y a sufrir. Lo único que, de vez en cuando, le hacía salir de su ensimismamiento era el sonido de la lluvia que, impulsada por el viento, iba a chocar, con sonido de grava, contra los cristales de las ventanas.

No había duda: Dieciocho años —eran justamente los que tenía Oliver— era una edad excelente para sufrir. Una edad en que, si es verdad que se tiene la fuerza precisa para aguantar los sufrimientos, no lo es menos que se carece de defensas.

Pero resulta que Imogen tenía cinco años más que Oliver. Esto no hubiera ofrecido mayor dificultad si él hubiera hecho algo; pero ahora era demasiado tarde. Se la imagina conduciendo; y a su lado él, su novio, aquel viejo que se mostraba tan seguro de sí mismo, tan viejo, tan importante en su calidad de propietario de «Stilbourne Advertiser», tan invencible...

Fue entonces cuando Oliver se dirigió a Evie Babbacombe, a la que había visto muy a menudo, pero que nunca la había dirigido la palabra. La había

visto muchas veces deslizarse por la acera del otro extremo de la plaza, con su característico modo de andar, inmóvil el tronco y los muslos, moviendo solamente las piernas a partir de las rodillas. Sabía que Evie trabajaba en el consultorio del doctor Ewan, concretamente en la sala de espera, que estaba en la casa contigua a la suya. Sabía que tenía una larga melena negra y reluciente, y una figura que daba un especial sentido al vestido de algodón blanco y azul. Sabía que Evie era hija del pregonero, y que vivía en una de las viejas casitas del barrio de Chandler.

Un nuevo personaje aparece y se entrecruza en la experiencia vital de Oliver. Es el hijo del doctor Ewan. Es Bobby, que dispone, entre otras cosas, de una motocicleta roja.

Bobby vivía al lado de la casa de Oliver, y éste no sentía la menor simpatía por él. Es más, le tenía envidia por estar interno en una escuela cara, por su futuro ingreso en la escuela superior de Cranwell y, sobre todo, por ser propietario de una motocicleta roja.

Nuestro personaje teme al padre de Evie, el sargento Babbacombe. Si llegaba a enterarse que había besado a su hija —o que, por lo menos, había sido besado por ella—, pasada la medianoche, con toda seguridad que le rompería la crisma. Y lo que era peor todavía, que iría con el cuento a sus padres.

Rober Ewan era flaco y huesudo; medía tres pulgadas más que Oliver. Tenía el cabello rubio, arenoso, y un perfil de duque de Wellington. Cuando, y muy a pesar suyo, le ayuda a sacar del atolladero el coche que había embarrancado en el bosque —siempre a ruego de Evie—, se da cuenta de la conversación que mantienen ya de regreso que, bien la escuela a la que había asistido, bien su familia, o incluso los seminarios de adolescentes «Chums y The Boy's Own Paper», le habían dado una educación que no le parecía totalmente despreciable.

La madre de Oliver es una mujer sencilla que trata de educar con esmero a su hijo. Y por eso le reprende cariñosamente.

—Querido Oliver —le dice—, ya sé que has pasado todos los exámenes y que el próximo curso estudiarás en Oxford. No sabes lo que me gusta que seas feliz. Pero, Oliver, ¡qué sonidos tan horribles haces en el cuarto de baño! ¿Qué pensarán los vecinos?

El muchacho se limitó a sonreír maliciosamente, y le dio a entender que era por Ewan.

La madre de Oliver ya había caído en la cuenta de la rivalidad que iba creciendo entre ambos muchachos. Mientras eran niños, habían jugado juntos. Pero ya en aquellos juegos infantiles, Robert le había manifestado abiertamente que siempre sería su esclavo, por la sencilla razón de que su padre era

médico, mientras que el de Oliver no era más que un simple y modesto boticario.

Ésta fue la razón por la que un día Oliver le propinó un empujón que le mandó contra la pared, con la que chocó produciendo un sonido altamente satisfactorio para el muchacho que, en cierto modo, se sentía vengado de su inferioridad de clase social.

En los ratos de mal humor, Oliver cogía su bicicleta, descendía por la calle Mayor, se dirigía hacia el Puente Viejo, y ascendía por la falda de la colina, bajando luego, sin dar pedales, hasta la charca. Allí todo era distinto y, al mismo tiempo, igual. «El agua se estaba quieta. El bosque se estaba quieto pero, ahora, bajo el sol, el bosque zumbaba y murmuraba. Ahora, había verdes sombras, destellos de libélulas sobre el agua, vuelo y danzas de bosque. Ascendí en la bicicleta la breve cuesta que terminaba en la charca y, al llegar allí, dejé la bici apoyada en el tronco de un gigantesco roble. Miré alrededor y cuidadosamente seguí la embarrada senda que descendía hasta la zona encharcada».

Oliver —siempre pensando en Evie— había llegado hasta aquel lugar para buscar la cruz de oro que aquella había perdido la tarde anterior, en la pequeña aventura que se corrió con Robert, causa del accidente del coche.

Cuando, de regreso, Evie le pregunta en presencia de Robert si la había encontrado, Oliver le contesta:

—Me hubiese gustado encontrar la cruz para devolvértela. Pero, ya ves, no ha podido ser.

Los dos muchachos se enzarzan en una pelea a puñetazos a causa de Evie. «Como pianista —comenta Oliver—, mi técnica de octavas con la mano izquierda siempre había sido fácil y brillante, lo cual impresionaba grandemente a los oyentes, hasta que se daban cuenta de la imprecisión y torpeza de mi mano derecha. Sin embargo, Robert no era un piano. Vi que su brazo izquierdo, largo y huesudo, avanzaba hacia mí y, en aquel instante, tuve la impresión de que la mitad del bosque estallara, quedando convertida en una estrella blanca, cargada de electricidad. Contesté con otro puñetazo. Pero Robert estaba ya a un metro de distancia, sacudiendo la cabeza coronada del cabello de color arenoso y bailando, como si se dispusiera a atizarme otra vez... Pese a que en mi ojo derecho había nacido otra estrella cargada de electricidad, los golpes en sí mismos no eran más que un constante y molesto flip, flip, flap... Prescindí de todo intento de imitarle, y cuando presentí que Robert estaba en mis cercanías, al otro lado de los círculos rojos, le pegué con mi técnica de octavas, fortísimo, esforzando, en la boca del estómago. Se colgó de mis hombros, mientras sus largos brazos se agitaban sin fuerza junto a mis costados. Advertí que Robert se afanaba en inhalar aire, sin conseguirlo. Uno de

sus pies, calzado, pisó uno de mis pies desnudo. Lancé un aullido, aparté el pie, y una de mis rodillas se elevó y fue encajar limpiamente entre las piernas de Robert, quien, con gran rapidez, se dobló por el estómago, abrió la boca, y se llevó ambas manos al viejo vientre. Imprimí al puño izquierdo un movimiento circular, el puño recorrió tres cuartos de círculo, y todavía silbaba en el instante en que fue a estrellarse contra la nariz de Robert. Cayó de espaldas en la maleza que rodeaba el claro, y desapareció de mi vista».

La pelea entre los muchachos había tenido lugar en presencia de Evie que, aterrorizada, preguntaba por Robert:

—¿Dónde está Robert? ¿Qué le has hecho? ¡Bobby!

Y como quiera que, a la mañana siguiente, tenía que ingresar en la escuela militar de Cranwell, Oliver se limitó a decir:

—Le he estropeado el físico por unos días. Cuando llegue a Cranwell, será el cadete Ewan, la maravilla sin nariz.

Más adelante y cuando la cruz de oro sea encontrada por Henry dentro del automóvil destrozado, Oliver reflexionará:

—Él era esbelto y estilizado, y tenía un limpio y potente izquierdazo. Yo era fuerte, cuadrado y torpe. En realidad yo era un zafio. Y pese a lo anterior, le gané. Además, le gané tal como suelen ganar los zafios, es decir, haciendo trampa. Le gané gracias a pegarle un rodillazo poco limpio.

Y trató de saludar, como en olvido de lo pasado, a su rival:

—¡Hola, Robert! ¿También vas a ir de paseo hoy? ¡Que haya buena suerte!

Pero Robert esquivó el saludo. Oliver no rio entonces. Quedó humillado y avergonzado.

Los encuentros con Evie serán cada vez más frecuentes, hasta conseguir doblegar a la muchacha y hacerla suya. Hablaban de sus futuros proyectos. De lo que haría Oliver en Oxford:

—¡Qué suerte ser chico!

En Oxford, probablemente, aprenderé a pilotar aviones. Sí, tenía el proyecto de sacar el título de piloto.

Y la muchacha:

—¡Me gustaría volar! ¡Volar es lo que más me gustaría hacer! Y me gustaría bailar, y cantar, claro, y viajar...! Me gustaría poderlo hacer todo!

Oliver está sufriendo una intensa crisis en su espíritu. Se da cuenta de que su madre le mira e, inmediatamente, como si adivinara lo que está pasando en el interior de su hijo, aparta su mirada de él. Se mira en el espejo por si le quedan rastros del lápiz de labios. Entonces observa que su rostro no sólo carecía de delicadeza, sino que estaba triste y malhumorado. Se pregunta cómo sería exactamente una muchacha desnuda. Cómo lo sería Evie, o Imogen. Sabía

muy bien que no debía albergar aquellos pensamientos, ni desear lo que deseaba. Tan sólo contaba dieciocho años. Lo suyo era el fútbol, el cricket, la música, los largos paseos y la química.

Sin embargo, a la mañana siguiente, sigue con sus mismos y aviesos planes. El piano es golpeado con ímpetu febril. El mismo que tenía y albergaba para llevar a Evie a un lugar en el que pudiera consumir sus malvados propósitos. Porque sabía muy bien que aquellos propósitos eran malvados, y que él mismo era un malvado.

Y confuso, pero más tranquilo, una vez que su madre cerró la puerta y se alejó en silencio, después de haber dado un paseo por la falda de la colina, se sentó al piano de nuevo y tocó «para una estancia vacía, para una sala de espera vacía, para una plaza vacía, para una ciudad vacía».

Oliver cree que Evie jamás podría tener para sí a Robert, pues éste estaba totalmente fuera de su alcance, y si ella intentaba ganárselo para sí, tropezaría con el obstáculo de una insalvable muralla. Pero advierte también que su propia muralla era tan insalvable como la que podían levantar los Ewan, aunque no era tan alta. Como tampoco era tan insalvable como aquella otra que separaba a la propia muchacha de los palurdos mocetones sin trabajo que haraganeaban por los alrededores del ayuntamiento. «Para Evie, yo era un pararrayos —se dice—. Y para sus padres, un posible pretendiente. Seguramente que el belicoso sargento Babbacombe había sido convencido por el movimiento de las blancas manos de su hija y por el sonido de su argentina voz de que ella y yo éramos novios».

Oliver —el pequeño Olly— ha dejado de comportarse como un niño de teta. A partir de este momento —se dice a sí mismo— el pequeño Olly es quien manda. Y si Bobby se pone bien y comienza a hacer el tonto, el pequeño Olly le romperá la crisma.

El muchacho decía estas palabras mientras apretaba fuertemente la muñeca de Evie.

—Y es posible que también le rompa la crisma a la pequeña Evie. Le dice a ésta, mientras la interna en el bosque...

Tan desconcertado estaba que, en un momento dado de su furia y rebeldía, pegó un fuerte puñetazo en el piano y lo rompió. Su padre le curó la mano herida y le trató como si sintiera graves preocupaciones; lo cual le inspiró más miedo que la clara manifestación de la ira. Su madre pensaba que Oliver debería estar avergonzado de su conducta, pero tanto se esforzó en ocultar el miedo de que su hijo no estuviera en sus cabales, que sólo consiguió que éste se diera cuenta, más clara, de sus temores.

El muchacho prometió reparar el piano. Prometió que no volvería a portarse mal, y se sintió totalmente calmado. Pero ante el miedo de perder la

plaza de Oxford, después de lo ocurrido en el bosque con Evie, le pareció oír los murmullos y bisbiseos que llenarían la ciudad y que saldrían de sus mismas piedras.

Entonces pensó en sus padres. Su padre, aquel ser tan amable, tan lento, tan sólido... Su madre, tan mal pensada, pero tan atenta a sus necesidades, tan orgullosa de su pequeño Olly... Para ellos, aquello significaría la muerte. Al final, será la madre la que ponga un tinte de rosa en aquel ambiente enrarecido de su casa:

—El niño llorón...! Qué bien te conozco! Hacerse mayor es siempre difícil, incluso para los chicos. Son cosas de la sangre. Todo se altera al crecer... En realidad, estamos muy orgullosos de ti, querido, pero no es conveniente que te lo digamos constantemente.

¿Y Evie?... Evie está triste. Tiene miedo de haberse quedado embarazada precisamente de Oliver. Piensa que nadie la quiere de verdad. «Lo único que queréis todos —le dice desesperada— es mi cuerpo, mi maldito cuerpo. No, no me queréis. Nadie me quiere. Sólo queréis mi maldito cuerpo. Estoy maldita, y tú también, con la cosa esa, con tu inteligencia, y con tu química. Sólo mi maldito cuerpo...».

Era claro que aquella chiquilla necesitaba ternura. Y Oliver también, pero no la prodigaba por ella. Evie no era un elemento de un alto mundo de fantasía, ni podía ser objeto de adoración y celos desesperados. Evie era un ser accesible. Con la sonrisa en los labios, Oliver esperó a que desapareciera lo que consideraba una tormenta de verano; con rayos y truenos, pero, al fin tormenta de verano.

En aquellos instantes, el muchacho tiene la tremenda sensación de los dos mundos, totalmente separados, que se interfieren en su vida. A lo lejos, y mirando a la ciudad, quiere vislumbrar a sus padres, que están ya demasiado lejos. Su padre aparecía como una mancha gris, oscura y su madre como una mancha gris clara. En aquel mundo estaba, también, la imagen diluida de Imogen; una imagen limpia... En el mundo de acá estaba él, «aquel objeto formado por huesos y dotado de natural crueldad». La conclusión que saca nuestro joven es que «la vida es una letrina».

Pero todo se arreglará —al menos aparentemente— con la marcha de la niña. El padre de Oliver podía dormir tranquilo.

—No te preocupes más de esta chica —le dice—. La niña se va.

Efectivamente, Evie desapareció un día de la ciudad. Pero Oliver no supo la razón hasta años después. Y no fue él la causa de su desaparición. Ni tampoco lo fue Robert. Lo que echó a Evie de aquella reducida y conocida sociedad, encaminándola hacia el Puente de Londres, fue un leve rastro de lápiz de labios en la boca del doctor Jones. «No fue mucho, en realidad —comentará

sosegado Oliver—. Evie se fue, y el colorido cuadro de Stilbourne volvió a quedar inmóvil y sin relieve».

Pasarán los años. Y aquel nombre querido de Stilbourne será ya muy distinto al que siempre había visto de muchacho. Lo único que quedaba, como recuerdo más vivo, era el Puente Viejo, gris, jorobado, y también antieconómico como lo son tantas cosas hermosas. Nadie se había preocupado de dar anchura al Puente Viejo, ni de quitarle siquiera la joroba.

Alguien, al entrar en la calle Mayor —que no era ya igual que antes— le saludó por la espalda:

—Señorito Oliver.

Era el enteco de Henry, el cual seguía vendiendo coches.

Henry le da cuenta de algunos sucesos que han ocurrido en su larga ausencia de la ciudad. Allí tenía, entre otros, el coche de «la Saltitos». Había muerto. Miss Dawlish estaba enterrada en el cementerio de la iglesia, en la parte sur, junto al crucero. Había sido una mujer bondadosa y Oliver la tuvo siempre una gran simpatía. Ante su tumba, que rezaba: «CLARA CECILIA DAWLISH.- 1890-1960», solamente se le ocurrió decir lo siguiente:

—Tres veces veinte años, más diez. Nada antes y nada después.

Luego la recordó de los tiempos de su infancia. La conoció personalmente cuando contaba seis años de edad. Vivía en soledad. Era profesora de música. En el rostro de Saltitos no había matices rosados ni blancos, sino que tenía un color amarillento, pálido, que, combinado con sus rasgos faciales —altos pómulos, ojos sin pestañas y cejas sin pelo—, le daba aspecto de china antes que de europea. La única prenda claramente femenina que la Saltitos vestía era la falda. Ni siquiera su cabello de rata, peinado hacia atrás y terminado en moño, constituía una prueba de su feminidad, debido a que el moño estaba tan prietamente pegado a la cabeza que Oliver —entonces el pequeño Olly—, desde el nivel en que se hallaban sus ojos, no podía verlo. La recordaba fumando en pipa —«nada hay tan agradable, decía, como fumar en pipa— al tiempo que le enseñaba a colocar su cuerpo en la correcta postura para tocar el violín...

Oliver salió de Stilbourne convencido de que huía definitivamente de allí. Pero hubiera debido saber que, mientras hubiese un vínculo cualquiera entre Stilbourne y él, continuarían todos, a pesar de la distancia, ejerciendo una recíproca influencia, parecida a la ley de gravitación.

Desde el seguro ámbito de su vida confortable, Oliver comenzó a decirse cómo eran, de verdad, las cosas. Y se le ocurrió musitar: «Te tenía miedo, y por esto te odiaba. Era eso, y solo eso. Y cuando supe que habías muerto, tuve una alegría».

## VIII. RITOS DE PASO

Fabulador nato e investigador de las posibilidades poéticas de la alegoría y el mito —leemos—, su singular maestría para la creación de mundos cerrados se traduce en metáforas de la sociedad en las que el primitivismo del hombre acaba por imponerse a la engañosa apariencia de civilización.

Este nuevo libro de Golding relata un viaje a Australia durante las guerras que Napoleón mantuvo con Inglaterra a través de un diario, cuyo autor es un distinguido personaje —Esmund Talbot—, destinado a ocupar un cargo oficial en la colonia británica bajo la protección de un noble —su padrino— a quien dirige precisamente sus escritos.

Nuestro protagonista, que comienza su diario con un saludo —«respetado padrino»—, le dice que bien poco pueden significar las palabras, ya que en la larga travesía que le espera, «desde el sur de la vieja Inglaterra hasta los antípodas», va a pasar por la geometría de las cuatro estaciones.

A bordo del viejo barco que lo lleva, ha tenido que escalar el flanco abultado y embreado de lo que, en la juventud de su padrino, quizá fuera una de las formidables «murallas de madera» de la Gran Bretaña. Tuvo que pasar por una especie de puerta baja a la oscuridad de un puente, y al primer aliento le dieron verdaderas náuseas, por el hedor insufrible que allí se respiraba.

Ahora los barcos nuevos —le dice a su mecenas— llevan lastre de hierro; pero en el que él viajaba era demasiado viejo. Si lo hubiera sido de edad mediana —piensa él—, con seguridad que no se lo hubieran puesto. Pero éste era demasiado viejo. No querían menear las cosas y preferían dejarlo como estaba.

La vivienda de Edmund —«conejera», como él gráficamente la llama— contiene una litera, que es como una artesa alineada al costado del barco y con dos cajones debajo. A un extremo de la conejera hay un escritorio abatible y al otro extremo un cuenco de lona con un cubo debajo.

Esta conejera, o pocilga, no era más que una de las que había a aquel lado de la cubierta, que hacían el número de doce; lo mismo que las que había al otro. Las dos filas se encontraban separadas por un sombrío vestíbulo, cortado únicamente por el cilindro, vertical y enorme, del *palo de mesana*. Según le aseguraba su servidor Wheeler —un personaje pintoresco y simpático que sale mucho a lo largo del relato—, a popa del vestíbulo se hallaba el salón-comedor de los pasajeros, con los cuartos de servicio a uno y otro lado.

Edmund Talbot —detallista y observador— cuenta a su padrino los distintos incidentes, los pequeños sucesos, también los más importantes, e incluso los más graves y conflictivos, de un modo realista —muy al estilo de la novela dieciochesca de Smollett o de Richardson—, pero con pulcritud y delicadeza.

deza, cual convenía a un oficial inglés de los mejores tiempos de la ilustración. «Hemos comido a la luz de una amplia ventana —narra literalmente— de popa y sentados a dos mesas largas, en medio de una gran confusión. Nadie sabía nada. No había oficiales. Los sirvientes no daban abasto. La comida era mala. Mis compañeros de viaje estaban de mal humor y sus damas cerca de la histeria. Pero no cabe duda de que la vista de otros navíos anclados cerca de nuestro ventanal de popa resultaba emocionante. Wheeler, que es mi báculo y guía, dice que se trata del resto del convoy».

En aquel barco iban damas, algunas de ellas jóvenes y bellas, otras de mediana edad, y otras ya ancianas. Iban, igualmente, algunos pasajeros entrados en años, un oficial del ejército bastante joven y un clérigo aún más joven. Precisamente este «pobre individuo» —el libro tendrá como una segunda parte, con este personaje de protagonista— trató de bendecir la mesa y se tuvo que poner a comer más ruborizado que una novia.

Edmund y su buen servidor Wheeler esperaban que se levantara viento favorable aquella misma noche y que se harían a la vela, iniciando aquella larga travesía al cambio, también, de la marea.

Cuando, por fin, lévan anclas, Edmund cae en la cuenta de que ya no tendrá relación alguna con la vieja Inglaterra durante tres, acaso cuatro o cinco años. Una idea solemne, pero al mismo tiempo triste. Todo se lo debía a su padrino —«a su señoría»—, por lo que no sabe cómo expresarle su más profunda gratitud. Hasta aquí llega el buen puritanismo inglés.

Comenzada la navegación, la primera noche es una pesadilla. Edmund se despertó sobresaltado de unos extraños sueños y en una oscuridad tan absoluta que no sabía dónde estaba. Hasta el punto de que llamó con un grito a su fiel criado.

—Wheeler, ayúdame a salir de aquí! ¡Necesito respirar algo de aire!

Estaban pasando por «un vetarrón», por lo que le entregó un capote de hule amarillo sin usar, que le caía bien, pues era de su misma talla. Le ayudó a ponérselo. Le metió los pies en unas botas de caucho y le ajustó a la cabeza un gorro también de hule. «¡Ojalá hubiera podido verme su señoría —le escribe al padrino—, pues debe haber tenido el aspecto de un auténtico lobo de mar, pese a lo poco firme que me sentía».

Fue en esta ocasión y empapado todo en agua cuando conoció por primera vez al personaje que, desde la mitad del relato, va a ser el verdadero protagonista: el clérigo que había tratado de bendecir la mesa la hora de comer. Vestía calzón corto, casaca larga y al cuello unas como bandas que ondeaban al viento, cual un pájaro atrapado en una ventana. Con ambas manos se aplastaba el sombrero y la peluca, mientras trastabillaba de un lado para otro, como un cangrejo borracho.

Este clérigo provinciano se irá convirtiendo, poco a poco —de modo especial, a través de la carta que deje escrita para una hermana—, en el verdadero eje de la acción y en torno al cual se centrará una tragedia imprevisible, con ribetes de asesinato.

Edmund, entre tanto, se dedica a conocer más a fondo el barco y a las gentes que en él navegan. El estado del mismo era inexpresablemente sórdido. Por la cubierta, incluso por el vestíbulo, corrían torrentes de agua de mar, de lluvia y otros líquidos más sucios todavía que se abrían camino por debajo de los listones sobre los cuales se supone se cerraba la puerta de su conejera.

Ha conocido ya al capitán Anderson que, a juzgar por los rasgos con que le define, encajaba perfectamente el clásico librepensador de aquella época y tan de moda. Anderson no quiere capellanes en su buque. Y como quiera que los clérigos andaban tan escasos como los cirujanos, decía que resultaba tan fácil evitarlos unos, como difícil conseguir los otros.

Por medio de dos jóvenes, Edmund Talbot se entera también de los viajeros que iban alojados a popa. Allí viajaba la familia Pike, cuyos cuatro miembros se querían mucho. Iba también «un tal señor Prettiman», que ya conocían por sus extravagancias. Y viajaba, igualmente a popa el señor Taylor, «un pintor retratista», y su esposa con la hija de ambos, damisela a quien el joven caballero que le sirve de «spiker» ha calificado de «¡una real hembra!».

El capitán Anderson odiaba al clérigo, sin que Wheeler le pudiera explicar el motivo a su señor. Lo peor es que a este pobre clérigo no se le ocurre ir a parlamentar con él para que le permita hacer algunos oficios, que cuando está borracho, siendo el hazmerreír de toda la tripulación. Ved cómo lo describe nuestro observador e imaginativo oficial: «Llevaba en una mano el sombrero de copa y en la otra la peluca. Las tiras del alzacuello las llevaba retorcidas a un lado. Pero lo más llamativo de todo era, no la expresión, sino el desorden de su faz. Me tiembla la pluma. Imaginad, si podéis, un rostro pálido y delgado que no ha recibido de la naturaleza ningún don más allá de una colección desordenada de facciones; un rostro, además, con el cual la naturaleza ha sido avara en carnes, pero pródiga en huesos. Después, ábrase una boca grande, dótese los huecos que tiene bajo la escasa frente de unos ojos saltones, de los cuales estaban a punto de saltar unas lágrimas. Hágase todo esto, digo, y ni aún así se llegará a la cómica humillación que por un pasajero instante contempló mi vista...».

Nuestro oficial, viajero y navegante, cronista y reportero de viaje, cuenta más tarde cómo la mar se calmó y él fue mejorando de una indisposición que le dejó maltrecho por varios días. Cuenta también, cómo el capitán, tras defraudar por mediación del señor Summers la esperanza del pastor de que le permitiera celebrar algún servicio a bordo, le había prohibido, igualmente, su-

bir a la toldilla por haber quebrantado —decía el muy tiranuelo— las «Órdenes permanentes».

A Edmund Talbot le daba mucha pena esta situación del pobre clérigo y casi llega a hacer amistad con él. Conversando juntos se entera de que su nombre es Robert James Colley y, al fin, consigue que celebre algunos servicios; lo que no agrada a buena parte de la tripulación. De modo especial, no agrada al señor Prettiman, el cual no dejó de pasear ruidosamente por encima de sus cabezas durante la celebración religiosa. Como no agradó al mismo Anderson, que, sin embargo, lo había consentido. La venganza de éste consistió en las órdenes que dio a los marineros de guardia para que, durante los oficios, no dejaran de dar gritos, como que estaban en cambio de guardia, pegar fuertes patadas en el suelo y armar todo el barullo que pudiesen, como si de una juerga se tratara.

En los oficios, no podía faltar una señorita —la señorita Brocklebank—, de la que el reverendo Colley no apartaba los ojos, y ella en su papel presentaba una imagen de devoción como la que se podía hallar entre los cómicos de la legua. La verdad era que no le quitaba los ojos de encima al pastor más que para volverlos al cielo.

Y llegó la tragedia. Un buen día se presentó por la trasera de la cubierta de popa el Colley avanzando hacia la parte del navío destinada a la gente del común. Venía ataviado con lo que cabría calificar de auténtico delirio de galas eclesiásticas. La casulla, el alba, el bonete, la peluca y la cogulla parecían totalmente absurdas bajo aquel sol vertical. Avanzaba con paso solemne, como si estuviera celebrando en una catedral. Los tripulantes, que perecaban al sol, se pusieron inmediatamente de pie con aire borreguil. Todos habían bebido su ración de ron. Y comenzó su predicación. El capitán Anderson estaba sentado en su camarote. De momento, dejó hacer, aunque por dentro estaba maquinando ya su venganza.

Era verdad. El reverendo señor Colley estaba en el castillo de proa más borracho que una uva. Edmund había oído hablar alguna vez de algún cura borracho. Pero nunca había visto ninguno.

En un momento dado, el pobre clérigo, todo ebrio y sin saber lo que hacía, apareció sin vestiduras eclesiásticas, sin peluca. Le habían quitado los calzones, las medias y hasta los zapatos. Un alma caritativa, que nunca falta en tales ocasiones orgiásticas, había echado sobre sus hombros una prenda de lona que siempre llevaba a bordo la marinería. En esta actitud, el reverendo Colley levantó la mano derecha y habló, aunque con lengua estropajosa:

—¡Recibid la bendición de Dios Padre, Todopoderoso, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, y que sean siempre con vosotros!

Desde aquel triste incidente, nuestro desgraciado clérigo no salió de su

conejera, negándose a comer. Después de larga porfía, convencieron a nuestro oficial a que se llegara a ella e hiciera los posibles por volverle a su sano juicio. Pero Colley estaba derrotado y hundido para siempre. Cuando Edmund entró, lo halló con la cabeza rala, hundida entre la almohada, con la cara vuelta hacia el otro lado. El oficial se quedó sin saber qué hacer.

Una mañana, cuando intentaron varios de los tripulantes hacer algo por él, bajaron hasta su antro y le encontraron muerto sobre su litera. Una carta que éste dejó escrita para su hermana lo explicaba todo.

Colley, al igual que había hecho el señor Talbot, su padrino, iba en ella anotando las peripecias de su travesía y cuanto había tenido que soportar por parte del capitán del barco y de la mayoría de los tripulantes, con excepción del oficial Edmund que le parecía todo un caballero. Desde aquellas prolongadas náuseas, que trató de ocultar, hasta los vejámenes más crueles, su viaje había sido un prolongado y continuo calvario. La crueldad llegó a lo más inaudito cuando en aquel día desgraciado en que, borracho por el ron, salió a celebrar algunos oficios, y nada más intentar abrir la boca se le llenaron de vergüenzas. Le obligaron a arrodillarse ante el trono, con grandes tirones y golpes, que le privaron del aliento. Le hicieron luego muchas preguntas groseras que no quiere recordar y que su pluma se niega a escribir. Entonces su alma se vio obligada a admitir la terrible verdad: «¡yo era el enemigo!».

El reverendo Robert Colley perdonaba al capitán Anderson —el más culpable de todos—; como perdonaba a todos, según se lo mandaba el Señor.

Cuando el señor Talbot esté llegando al final de esta tragedia, le dirá a su padrino:

—Como sabe su señoría, Colley no volvió a escribir nada más. Después de la muerte..., nada! No debe haber nada! El único consuelo que tengo en relación con todo este asunto es que puedo lograr que su pobre hermana nunca sepa la verdad de lo ocurrido. Por mucho que el borracho de Brocklebank rija en su camarote: «¿Quién mató al gallito de Colley?», ella jamás sabrá la debilidad que lo mató, ni qué manos —entre ellas las mías— le dieron muerte.

Magnífica novela esta de Golding. Junto con un prodigioso alarde de cultura histórica y literaria, este libro es mucho más que una simple reconstrucción minuciosa y erudita de un determinado período histórico. La complejidad de los temas —caída del hombre, la corrupción que acompaña siempre al poder, la diferencia de clases—, la combinación de la sencillez de un relato lineal con el diestro manejo del punto de vista del narrador, el profundo análisis de la crisis catártica que rodea el drama de la degradación, y la maestría de una prosa que salva limpiamente el difícil obstáculo de la recreación histórica hacen de esta novela un espléndido relato en el que resuenan ecos conradianos.

## IX. LA OSCURIDAD VISIBLE

He aquí una fábula compleja, cruel, amarga y, al mismo tiempo, enternecedora sobre la condición humana en general y en particular, sobre la invisible línea que divide al ser y al parecer.

En la relampagueante noche de Londres, bombardeada por la aviación alemana, un niño emerge envuelto en llamas. Su aspecto es repulsivo, pues el fuego le ha desfigurado media cara. Sus padres deben haber desaparecido —no lo sabemos— en el incendio. El niño lo ha olvidado todo. Ha olvidado hasta su propio nombre. A partir de este momento, responderá al nombre de Matty.

Golding, ya de entrada en la narración, parece que quiere aludir al sucio nacimiento del hombre. Si leemos atentamente las primeras líneas, advertiremos el trasfondo de las mismas. Es posible que todo quede, al final, en una simple alegoría. Pero nuestro premio Nobel, al igual que ha hecho con otros libros estudiados aquí, lo que nos quiere decir es que Matty no es un caso particular, sino la singularización de una circunstancia general. Todos somos un poco Matty en este mundo que nos cobija y en el que nos movemos y existimos. Todos hemos llegado a él tarados y en medio de una catástrofe. Todos somos ese monstruo de cara reformada, que ocultará la verdadera esencia, los valores esenciales que se esconden en el interior de la persona.

San Agustín —ya en su tiempo— distinguía muy bien entre el «videre» y el «mirari». No es lo mismo «ver» que «mirar». Según esto, en la tesis de Golding, «nuestra vida depende del mercado de la imagen: somos como nos reflejamos en el espejo de otros. No hay comunicación, no hay una posibilidad de convivencia profunda en un mundo de valores aparentes, en un mundo a su vez aparente, porque su euforia recuerda al desfile de máscaras de un carnaval».

Esta misma idea la encontramos en el magnífico Saint-Exupéry: «lo esencial —dice— es invisible para los ojos». Por eso mismo, nuestro personaje ya nunca podrá ser como los otros. Nunca será aceptado en la sociedad. Luis de Paola ha dejado escrito que *La oscuridad visible* es una versión vuelta del revés de la fábula del patito feo. Ser distinto significa e implica, en todo caso, una exclusión de la sociedad. Y lo que ésta no perdona no es el hecho de que un individuo sea mejor o peor, sino el ser distinto. Al condenar sin un previo análisis toda genuina diferenciación, al no considerar cada caso específico, comete un error de matización y mete en un mismo saco —que hay que arrojar al abismo cuanto antes— a los subnormales y a los genios.

Éste parece haber sido el signo de la humanidad desde que la humanidad existe. De tal modo que, cuando Golding está criticando en sus novelas la so-

ciudad contemporánea, lo está haciendo también a la sociedad de todos los tiempos. Porque esta sociedad ha considerado de siempre como normales y equilibrados a los que simplemente son mediocres.

Matty. He aquí un niño que está como pidiendo perdón por la fealdad de su cara y que, sin embargo, éticamente es mucho más sano y espiritualmente más rico que la mayoría de las personas que le rodean. Cuando aparece por entre los escombros, estaba desnudo y los kilómetros de luz lo iluminaban de manera desigual. Los niños suelen caminar de prisa; pero Matty avanzaba por el centro mismo de la calzada con una especie de andar ritual, que en un adulto podría haber sido calificado de solemne. El capitán se dio cuenta por qué este niño andaba de aquella manera. La refulgencia de su lado izquierdo no era un efecto de la luz. La quemadura era aún más visible sobre la mitad izquierda de su cabeza. De ese lado, sus cabellos habían desaparecido por completo y del torso se habían achicharrado hasta asumir el aspecto de granos de pimienta. Tenía la cara tan hinchada, que sólo podía vislumbrar su camino a través de unas hendiduras minúsculas. Tal vez era un instinto animal el que lo llevaba a alejarse del lugar donde se consumía el mundo. Tal vez era la fortuna, buena o mala, la que lo impulsaba hacia el único lugar donde quizá podría sobrevivir.

Era ahora, precisamente, cuando el capitán y el librero estaban tan cerca del niño que éste les parecía «una tira de su propia carne humana», cuando experimentaron una necesidad desesperada de salvarlo y ayudarlo. El capitán, indiferente ya a los peligros menores que podían acecharlos en la calle, fue el primero que llegó hasta el niño y le administró sus cuidados expertos y solícitos. Otro acudió corriendo al teléfono, situado a cien metros de allí. Y todos decían: —¡pobre muchacho!

De pronto, surgió el mismo comentario: un niño que había salido del incendio en semejantes condiciones, absolutamente desnudo, quemado, pero perseverante, caminando sistemáticamente hacia una vislumbre de seguridad. Y se decían unos a otros:

—¡Qué muchacho tan animoso! No perdió la cabeza.

Matty fue llevado al hospital. Lo designaron, nada más llegar, con el número *siete*. Después de las operaciones a que debieron someterlo para mantenerlo vivo y mientras se recuperaba del fuerte shock sufrido, el número *siete* fue el primer regalo que recibió del mundo circundante. Ironías de la vida. Y, además, todo un símbolo en la vida de nuestro pequeño héroe.

Matty —«Septimus», como segundo nombre—, a medida que se iba recuperando y empezaba a hablar con más frecuencia —en un principio había perdido el habla por completo—, dejaba entrever que tenía una extraña relación justamente con el lenguaje. Matty modulaba las palabras, crispando los puños

en su esfuerzo por hablar y entrecerrando los ojos. Era como si cada palabra fuese un objeto material, a veces redondo y liso, algo semejante a una pelota de golf que sólo a duras penas conseguía expeler de la boca, aunque al pasar le deformaba la cara. Algunas palabras eran puntiagudas y su tránsito provocaba un dolor y un esfuerzo horribles que inspiraban risa a los otros niños. Cuando le quitaron el turbante de la cabeza, el deterioro de su cráneo, parcialmente exhibido en carne viva, junto con su oreja destrozada, le hacían aparecer verdaderamente como un ser repugnante.

Matty, en el hospital, encontraba un gran consuelo en la bella enfermera que le prestaba unos servicios verdaderamente maternos. Cuando ésta le estrechaba con sus brazos, consciente de los lugares donde su cuerpo podía soportar el contacto, descubría entonces que el lado relativamente sano, relativamente ileso de su cabeza, se sepultaba contra el pecho de ella en un arranque de comunicación tácita.

Esta enfermera, que no era demasiado lista, pero sí muy cariñosa y servicial, lo llamaba «mi Matty». Y cuando lo hacía, podía observar que, por primera vez, desde que el niño había emergido del horno, empleaba la compleja musculatura de su rostro de modo comunicativo.

Pero Matty perdió a esta fiel y solícita enfermera cuando fue trasladado a otro hospital. «Se resignó a ello con paciencia animal, consciente de que eso era lo que iba a ocurrir y de que no podría evitarlo. La bella enfermera hizo de tripas corazón y le dijo a Matty que él iba a ser muy feliz. Estaba acostumbrada a las despedidas.

En la escuela, a la que se incorpora Matty cuando está relativamente curado de sus heridas, conoció al profesor Pedigree, todo un tipo, que había consagrado un largo período de su vida a viajar por el extranjero. Un hombre menudo y brioso, con cabellos de color oro desvaído y unas facciones que parecían flacas y arrugadas y ansiosas cuando no tenían una expresión fastidiosa o socarrona. Este hombre solía decir —y trataba de convencerse a sí mismo de ello— que era propietario de dos chicos: uno, un paradigma de belleza pura; otro, un hombrecillo mundano.

Matty tiene que sufrir las extravagancias del profesor, las burlas de los compañeros, hasta verse mezclado en los pequeños conflictos que originan. «De modo que despidieron a Matty (del colegio) y llamaron al señor Pedigree. Éste entró, débil, con la tez gris y desfalleciente. El director lo miró con una mezcla de compasión y repugnancia y le ofreció una silla, en la cual se derrumbó...».

El arresto del muchacho fue lo más discreto posible en razón de que se había declarado culpable del incidente. Sin embargo, Matty bajó la escalera desde su habitación escoltado por policías y, sin embargo, su sombra, ese pe-

rro que le seguía los pasos, estaba allí para verlo a partir en medio de la vergüenza y el terror. De tal modo que el propio señor Pedigree le gritó:

—¡Eres un chico horrible! ¡Tienes la culpa de todo!

Y cosa curiosa, el resto de la escuela, pareció compartir la opinión del señor Pedigree.

Matty se tuvo que poner a trabajar en una herrería, donde recobró en parte los sentidos. Pero ahora tenía una segunda preocupación: la primera quedaba un tanto atrás y era el señor Pedigree. La segunda era consecuencia de aquélla, ya que en sus oídos seguían sonando aterradoras las palabras: «¡Tienes la culpa de todo!».

El muchacho —ya casi un hombre— rumia consigo mismo estas cosas, mientras se va alejando del patio y subiendo la escalera que conducía a los desvanes. Mientras avanza, como por rutina, entre las cajas de embalar, rebosantes de virutas; entre las pilas de botes de pintura; entre hileras de lámparas de queroseno idénticas entre sí, piensa en la terrible y dolorosa frase del viejo profesor. Nunca debió decirla. Siempre irá marcado por ella, se encuentre donde se encuentre.

La gente le rehúye. Sus patronos le tratan mal. El muchacho quiere tener alguna confidencia con ellos y le contestan como ahora el nuevo amo:

—Cuando me hables, muchacho, llámame «señor Parrish».

Esa fue la última vez que Matty intentó hacerle una confidencia a alguien. Se daba cuenta de que aún las personas más benévolas tenían que hacer un gran esfuerzo para no mostrarse afectadas por su aspecto.

Matty, sin embargo, se va abriendo camino en la vida.

Consiguió colocarse en una librería. El señor Sweet, que estaba al frente de ella, era demasiado miope y distraído como para darse cuenta de que su cara produciría un efecto negativo. Mas cuando la señora Sweet, que no era miope ni distraída, vio a Matty, entendió por qué causa nadie rebuscaba como antes en la tienda. Y se atrevió a aconsejarle que su cabello quedaría más pulcro si usaba sombrero.

Una profunda conciencia de su persona, más que de su identidad, lo indujo a escoger un sombrero negro de ala ancha.

Una vieja Biblia, con cubiertas de madera y lomo muy gastado, le servirá para abstraerse de los hombres y de las mismas cosas. Es verdad que tuvo un fugaz conflicto consigo mismo cuando descubrió que la nueva dependienta de la tienda era bonita. Pero resultó ser tan hermosa, que no tardó en irse y fue reemplazada por otra a la que podía tratar con plácida indiferencia.

Matty se preguntaba a menudo no por quién era, sino por lo que era.

«¡Qué soy!»... Y se revolcaba bajo la sábana, forzando la boca para encontrar respuesta en voz alta, y no la encontraba.

A su memoria vuelven ahora los recuerdos y los días de su infancia. Y cuando, más adelante —la novela tiene una tercera parte titulada «Uno es uno»— Sim se encuentre con el diario de Matty, hallará en él cosas reveladoras. Como las encontrará el señor Pedigree, el cual, en un reflexivo monólogo que tiene consigo mismo, declara que Matty es el único ser que, después de todo, le ha querido.

Así acaba este admirable libro de Golding, una historia de nuestro tiempo, un misterio escalofriante, imprevisible, en el que, tanto para los personajes, como para el lector, la realidad de un miedo que no puede articularse con palabras emerge con más claridad que nunca.

Teófilo APARICIO LÓPEZ